RUTGERS UNIVERSITY LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
Lyrasis Members and Sloan Foundation

http://www.archive.org/details/portugalygalicia00ribe

Ribera y Rovira

Portugal y Galicia nación

Identidad étnica, histórica, filológica, literaria y artística

Ensayos iberistas

LA CARNEIRA BARCELONA

N.º .....
Estante .....
Prateleira .....

210

PORTUGAL Y GALICIA
NACIÓN

RIBERA Y ROVIRA

ENSAYOS IBERISTAS

PORTUGAL Y GALICIA NACIÓN

IDENTIDAD ETNICA, HISTÓRICA, LITERARIA FILOLÓGICA Y ARTÍSTICA

R. TOBELLA, IMPRESOR : CALLE DEL CARMEN, 18 - BARCELONA

EX LIBRIS
RIBERA y ROVIRA
Antonio Carneiro — 1908

OBRAS DE RIBERA Y ROVIRA

Mos tres amors.—Poesies. 1901.

Ligeiro estudo da litterutura e das artes portuguezas contemporaneas. Estudio crítico. Publicación del semanario de Thomar (Portugal). *A Verdade*. 1902.

De Thomar á Valladolid. Impresiones de viaje. Publicación de *El Pla de Bages*, de Manresa. 1903.

Croniques de Portugal—1900 á 1906.—Publicación de *La Renaxensa*, *Catalunya Artística* y *La Veu de Catalunya*, de Barcelona.

Chronicas da Catalunha — de 1904 á 1911.—Publicación del *Diario de Noticias*, de Lisboa.

Castilho e Garrett: Uma polemica e um discurso. 1905.

Portugal artistic. 1905. Prefacio de Alberto Bessa.

A Noite do 25 de Novembro. Publicación del *Diario de Noticias*. 1905.

Poesia & Prosa. 1905. Prólogo de Juan Maragall.

Iberisme. 1907. Prólogo del Dr. Teofilo Braga.

La Crisis de la Monarquía portuguesa. Publicación de *El Poble Català*, de Barcelona. Conferencia pública en el C. N. R. 1908.

Esguards. Poesies. 1908.

Leandre, de Julio Brandão. Traducción. 1909.

A Semana tragica. Publicación del *Diario de Noticias*. 1909.

La Integridad de la Patria. 1910. Prólogo de Maragall.

Los Lusiadas. Publicación de *La Cataluña*, de Barcelona. 1910.

Las Primeras leyes de la República Portuguesa. Conferencia. 1911.

EN PRENSA

Del País dels tarongers.

Portugal literari. Prefacio de Consiglieri Pedroso.

Zollverein peninsular.

La Cena dels Cardenals.—Roses de tot l'any, de Julio Dantas. Traducció.

Portugal economic.

Vora les quietuts de la llacuna d'Arêlho.

A la memoria del Excmo. Señor

D. Domingo Juan Sanllehy

ciudadano ejemplar

No olvidaré nunca, mi estimado amigo Ribera y Rovira, cuánto contribuyó V. á la brillantez de aquella hermosa «Exposición Internacional de Arte», consiguiendo por su propio y único esfuerzo, sin mediación del Estado, aportarnos de Portugal, obras de arte de los mejores artistas de aquella nación y consiguiendo que el mismo Rey y la Reina vinieran aquí á exponer cuadros originales suyos.

Tampoco olvidaré la satisfacción que experimenté al defender á V. cerca del Gobernador y del Gobierno de las calumnias de que fué V. víctima. Manifestando al primero, para que lo trasmitiera al Gobierno, la sinceridad y patriotismo con que V. obraba y tuvieron que reconocer después.

DOMINGO JUAN SANLLEHY

País hermano, de cielo serenamente luminoso, de luz gloriosa y ambiente sensual; país de costumbres sencillas y austeras; tierra venturosa sembrada de flores, arrullada por el murmullo del mar infinito y la vibrante añoranza del fado melodioso, hospitalaria y amiga; tierra bendita de poetas y artistas; tierra heroica tendida al extremo occidental de la Europa altanera, como un ansia de fraternidad que aproxima dos mundos; tierra donde el corazón pulsa al influjo de los nobles sentimientos, donde aún se ama; tierra de patriotas, Lusitania hermana... ella es la que, en días de prueba para mi patria, glorificó generosa el nombre excelso de Cataluña.

¡Portugal y Cataluña! No sé qué insignes gestas de un pasado esplendoroso me evocan los nombres de estas dos grandes patrias; no sé qué radioso presente me revelan, no sé qué esperanzador futuro me prometen. Tienen vibraciones de palabras proféticas; complázcome en ver en ellas la firme base de una venidera política ibérica, de una más lejana fraternidad latina.

Lector que ansías conocer las modalidades de aquel pueblo hermano: sigue la senda que ha de conducirte á él guiado por este amor tamaño que le tengo, amor purificado, acrisolado por el odio con que me victimaron los eternos enemigos de mi patria.

Revolviendo viejos apuntes, deparé, el otro día, en unos comentarios que escribí á la campaña emprendida por los periódicos centralistas españoles, contra las afirmaciones por mí formuladas en aquella tan sonada conferencia del Real Instituto de Lisboa, en Marzo de 1907.

Envejecen tanto las cosas de la vida exhaustiva y vertiginosa que llevamos, que, decorridos apenas cuatro años, ya parece el asunto añejo, sabiendo hasta á cosa arcaica. Pero ello constituye un episodio simpático de mi juventud luchadora, y hoy me place recordarlo, no en un deseo de contrición, no, sino en un más entusiasta sentimiento de

adhesión á aquellas doctrinas de iberismo, que aún creo salvadoras para las patrias peninsulares.

¡Y pensar que originó tan enconadas discusiones una sencilla disertación ante un público instruído y conocedor de aquellas doctrinas que rememoré, con su razón científica consagrada, evidenciada por la Naturaleza, y divulgadas por eminentes pensadores, geólogos y antropologistas!

La afirmación fué esta: Portugal y Galicia—ó Galicia y Portugal, si así quieren los espíritus susceptibles é irritables—forman una nacionalidad con los caracteres supremos de identidad de raza, de lengua, de territorio, de historia y de misión civilizadora. O más exactamente, transcribiendo los propios períodos de mi discurso:

«La Patria Portuguesa afírmase por su tenacidad, por el entusiasmo con que ha conservado su ideal patriótico á través de todas las vicisitudes históricas, por el desarrollo de su misión civilizadora manifestada vigorosamente en los descubrimientos, en la epopeya manuelina, en la literatura esplendorosa del Seiscientos, y por la manera heroica como se revoltó siempre contra los invasores, desde los romanos hasta los castellanos.

La vitalidad del genio portugués afírmase en la persistencia étnica y filológica. La hermosa lengua lusitana ha evolucionado gloriosamente, creando una fuerte modalidad poética.

De la patria portuguesa, de la unidad moral del patriotismo de los pueblos atlánticos, una rama nobilísima los azares de la política ibérica han desgajado: Galicia, esa región hermana, laboriosa y dulcísima, que por el carácter de su población, por su historia, por sus tradiciones, por su mesología y etnogenia, integra la nacionalidad portuguesa, como parte constitutiva del núcleo nacional del occidente hispano, la nación galaico-portuguesa.

Yo veo en la Galicia de hoy al Portugal del siglo XVI que nos relatan las crónicas; y en el Portugal de entonces, aparte los esplendores y el fausto de la corte lusitana, la Galicia de hoy. La independencia política, la realización del ideal oceánico, trajo á Portugal la riqueza, la iniciativa, el progreso económico, el desarrollo mercantil, la eclosión artística, la depuración del idioma, que se perfeccionó en el uso literario. Y, en cambio, la Galicia sometida, dependiente, sujeta á una hegemonía opresora, sin libertad nacional y sin finalidad patriótica, desde su integración en la unidad católico-monárquica española, Galicia ha visto detenerse el curso de su civilización, desnaturalizada su política, estática su lengua, interrumpida su historia.

Portugal, enmurallando su aislamiento, ha ido desatendiendo las relaciones fraternales con Galicia. ¿Por qué se separaron esos dos pueblos hermanos? ¿Qué diferencias habrán surgido entre ellos? ¡Oh! Ninguna. Apatía, sí: de ningún modo desafecto. Por negligencia, los portugueses nada han hecho por reconquistar el alma de ese pueblo que de-

bería estar integrado en sus fronteras espirituales. Para enmendar el error secular, es necesario que se inicie una intensa propaganda de amor y fraternidad, á la que ayudarán esos millares de sufridos y honrados gallegos que se abrigan en la hospitalaria tierra portuguesa, y veréis como el alma de Galicia vendrá cariñosamente al alma de Portugal, para caminar juntas hacia un futuro de paz y de justicia ibérica.»

Alrededor de esta afirmación, algunos espíritus inquietos y amables, forjaron equívocos y provocaron escándalos, dieron un sabor agridulce á sus crónicas periodísticas, pidieron rayos á Júpiter, y á Maura mi cabeza, me llamaron traidor, y callaron filosóficamente ante la apatía del alma española, á la que no hizo vibrar el formidable crimen de lesa patria perpetrado desde el sillón mugriento de una academia portuguesa por un español mal nacido. El sinapismo chovinista de los rotativos no conmovió la opinión. Y enmudecieron los Aristarcos, sesudamente.

A mis adversarios—más que adversarios, enemigos—de entonces, dedico, sin sombra de rencor, estos comentarios; pues que ellos, con su ignorancia y necedad, dieron á mi nombre obscuro el son de un clarín guerrero y le aureolaron con la fama y notoriedad efímera de largos días de vibrantes polémicas periodísticas.

De aquel indeleble episodio de mi vida, que levantó procelas de rencores, por el choque violento de los dos espíritus, de los dos criterios que hoy se disputan la hegemonía espiritual de España—el catalán y el castellano—ha nacido la razón de este estudio.

I

La unidad nacional atlántica peninsular
Sus fundamentos étnicos

Hallar semejanzas, afinidades, entre Portugal y Galicia, descubrir elementos étnicos, filológicos y mesológicos comunes á ambos pueblos, no es novedad para aquel que se ha preocupado alguna vez del estudio de los organismos que integran la patria peninsular. Lo menos que se le puede exigir á un español culto es que conozca su tierra, para que su patriotismo no sea un paroxismo patológico, sino un sentimiento racional y consciente. Y ello es que los cultísimos orientadores de la opinión pública española, los rotativeros madrileños, acaparadores de la ciencia y del patriotismo, ignoran lo que por tan sabido ya ni es mentado siquiera.

Si en definitiva y en justicia los pueblos peninsulares han de alterar el *statu quo* político actual, para resolverse en un equilibrio futuro, es lícito vislumbrar la futura situación, ponderación, en un régimen más perfecto. De la iniquidad presente nació mi teoría de las tres nacionalidades ibéricas: Portugal, Castilla y Cataluña; y entorno de estos tres núcleos nacionales agrupé todos aquellos elementos disgregados ó anodinos que presentaban caracteres de identidad nacional. Por eso, si en la nacionalidad oriental hispana reintegré todos aquellos núcleos que componen los pueblos informados por el ideal catalán, en la nacionalidad central reuní aquellos otros núcleos que viven el ideal castellano, y, en buena lógica y complementando el sistema, junté las partes dis-

persas de la nacionalidad atlántica impulsadas por el espíritu portugués, mayormente cuando esas tres unidades nacionales, nacidas en teoría, responden á una respectiva unidad real con particulares atributos étnicos, filológicos, mesológicos é históricos.

En el ensueño de una Iberia futura no es dislate prever la natural unión de Portugal y Galicia, antes es lógica consecuencia aún de las afirmaciones presentes de la ciencia y de las pasadas de la historia. Galicia fué el principal foco de cultura durante la Edad media en España, y en ese su territorio se manifestaron las tendencias de autonomía social que determinaron el momento histórico de la formación de la nacionalidad portuguesa cristalizando en la más perfecta organización de un Estado. En los orígenes prehistóricos de Portugal reconocemos las diferencias étnicas de su población, lo que hace que se dividiera científicamente el territorio atlántico peninsular, formado por los actuales Galicia y Portugal, en dos zonas: una verdaderamente *galiciana*, desarrollada con la entrada de ramas áricas, siendo los lusitanos los primeros representantes de esa inmigración; y otra *algarvia*, que se desarrolló precozmente por la venida de los fenicios á la explotación metalúrgica, constituyendo al sur del territorio, que vino á ser Portugal, la notable civilización bástulo-fenicia. En el decurso histórico estas dos zonas se aproximaron y confundieron, siendo sólo en los nombres locales donde aún se observa la diferencia, como *Tajo* (Tagus) y *Guadiana* (Ana), fenicios, como fenicia es también la denominación *Lusitania*—según el erudito Bochar, que fué el primero en indicar los muchos orígenes fenicios que se encuentran en las designaciones corográficas de la Península—proveniente de *luz*—almendras—tal vez *lusi*—lleno de almendros—y la terminación *tan*, que, según Herculano, es púnica,—mientras en los nombres de las poblaciones predomina la forma céltica *brig* ó *briga*, y en las costumbres aparecen vestigios de la influencia griega. En efecto: al norte de la orla marítima se establecieron colonias griegas, en tanto que al sur se fijaban las colonias libio-fenicias. La actual Beira era el punto de contacto, y es por esto que todos los antiguos escritores consideraban la Beira, como, por decirlo así, el centro de costumbres nacionales portuguesas, el del aticismo del lenguaje; mientras que la organización del hecho político de la nueva nacionalidad sólo comenzó próximo del río Miño, ó sea en Galicia. En la incorporación del territorio de Portugal, la Beira fué el centro de oscilación, ya para integrarse en Galicia —lo que prevaleció en la política hasta en tiempo de D. Fernando—ya para extenderse hacia los Algarves de *áquem-mar* y de *além-mar* en Africa. Prevaleció esta última tendencia, que se halla siempre en los pueblos que tienden á regresar hacia su punto de partida, según afirma Teófilo Braga en su admirable estudio *A Patria portugueza.*

Recapitulando. Contestes están todos los historiadores en admitir que la Hispania, habitada por tribus autóctonas, indígenas, sufrió dos inmigraciones sucesivas del Asia: la de los iberos (euskaldunac) y la de los celtas. El elemento autóctono debía ser asimilado por cada uno de

NUNO GONÇALVES

PANEL DEL INFANTE (antes de restaurar)

Serie de la «Adoración de S. Vicente» (Museo del Patriarcado-Lisboa)

estos pueblos, y las luchas, bien como la asociación de las dos razas de manera directa ó por mediación de otros pueblos, como el ligurio, produjeron en el territorio central, donde se daba más inmediatamente el contacto, las tribus mixtas denominadas *celtibéricas*. El elemento celtibérico subsistía con el ibérico y el céltico, aquél en el levante peninsular y éste en el poniente, influyendo el primero en los pueblos mediterráneos y el segundo en los atlánticos, cuyas diferencias étnicas aún subsisten, pues, según afirma Edwards, los pueblos antiguos reaparecen en los tipos y costumbres de los pueblos modernos. Quien observe los vestigios étnicos de los pueblos ibéricos conservados por Strabón en su descripción geográfica y los compare con las costumbres actuales, se pasmará de su extraordinaria persistencia y supervivencia si no admite que ellos persisten por fenómenos de recurrencia al tipo ibérico á través de las sucesivas invasiones. El eminente antropologista Broca, discurriendo sobre el determinismo antropológico, ó hereditariedad del tipo físico, formula este principio, ya previsto por Müller: «Cuando dos razas viven en el mismo suelo y se fusionan, el tipo físico altérase principalmente en la proporción de la intensidad del cruzamiento; después, la raza mestizada tiende á regresar, en la serie de generaciones sucesivas, al tipo de la raza madre como más numerosa. El tipo físico que resiste al cruzamiento con más ó menos pureza, es entonces el de aquella raza que predomina numéricamente.» Esto hace, en la Península, que aquellos pueblos que más denodadamente resistieron las invasiones, que más celosos se mostraron de su autonomía nacional, como el catalán, el basco y el portugués, mantengan hoy los caracteres étnicos peculiares, presentando una marcada diferenciación sobre otros pueblos que, cual el castellano, se ha conservado en un podríamos llamarle eclecticismo antropológico. Lo que sucede es que, si bien el tipo físico regresa por la superioridad numérica del invadido, el tipo moral se superioriza con la mayor cultura del invasor; y, correlativamente, cuando la superioridad moral existe en el pueblo invadido, éste ejerce sobre el pueblo invasor una verdadera dictadura espiritual. Y continúa afirmando el sabio Broca en sus *Mémoires d'Anthropologie:* «Al cabo de cierto número de generaciones, cuando la fusión se efectuó, la raza cruzada tiende cada vez más á aproximarse al tipo físico de la raza más numerosa, al paso que algunas veces la lengua de la raza menos numerosa es la que suplanta y substituye la de la mayoría.» En la etnogénia de los pueblos peninsulares, este hecho antropológico es de una inmensa luz. Los íberos ocuparon la Península, á la que dieron el nombre, suplantando por el número y por la superioridad de cultura las poblaciones autóctonas y trogloditas, de las que aún se hallan vestigios craneanos.

No obstante, á pesar de su civilización metalúrgica, una invasión de celtas venidos de las Galias, por su más elevada capacidad y cultura moral, como se observa por el druidismo, fácilmente se impuso á los habitantes del suelo ibérico, fusionándose en una población celtibérica en que la superioridad numérica estaba en el íbero y la superioridad moral

en la celta. La verdadera historia de Galicia empieza en los celtas. Escribe Murguía, el gran historiador gallego:

«Los celtas gallegos, ó, como decía el latino, los célticos, ocuparon todo el suelo de la vieja *Galletia*. El promontorio Nerio, que,—son las palabras de Strabón—forma á la vez la extremidad del costado occidental y del septentrional de la Iberia, sirve como una oportuna división geográfica para separar dos pueblos numerosos, célticos ambos é importantes los dos: uno, el de los lusitanos, á quienes el príncipe de los geógrafos hace llegar hasta el Cabo Nerio; otro, el de los cántabros. Con gran sentido distinguía Strabón á los celtas astures y lusitanos de los celtíberos é íberos. No tardará mucho la ciencia histórica en probar con mayores datos esta separación y diferenciación de las costumbres y de las lenguas íberas, de las gálico-lusitanas: estas son célticas por entero.»

Todos los pueblos del occidente europeo de marcado ancestralismo céltico, conservan aún hoy una manifiesta identidad en el genio poético. El norte de Portugal y Galicia revelan el fondo común étnico hasta en las leyendas célticas comunes, semejantes á las de Irlanda y á algunas bretonas. Aún en la mitología se halla esa identidad. Los cánones conciliarios de Braga se refieren á la adoración que gallegos y portugueses, la población noroeste peninsular, tenía por los elementos, el sol, la luna, el fuego, los monumentos megalíticos, las piedras religiosas á las que todavía en el siglo VI el pueblo denomina *altares* en Bretaña, en Portugal y en Galicia. Las poblaciones mauritanas y libio-fenicias que entraron en la península hispánica hicieron, por el cruzamiento con los celtíberos, regresar al tipo ibérico, pero persistiendo la cultura céltica, que coadyuvó de un modo excepcional en la implantación de la cultura y de las instituciones provinciales romanas en la Península. Los romanos dominaron la Hispania, no por el número: la superioridad administrativa y su audaz y fuerte incorporación en nada influyó en el tipo físico en tanto que radicó la ilustración municipal en armonía con el antiguo espíritu separatista ó cantonal, y el latín substituyó al celta coadyuvado por las analogías primordiales de un fondo árico común. Cuando las hordas germánicas invadieron el Imperio, estaban en un grande atraso y barbarie: entre los visigodos venían tribus escíticas del norte, como los alanos, que favorecían la persistencia del tipo físico del íbero, y por eso la impetuosidad germánica en su conquista sometióse á la cultura romana, traduciéndole los códigos y hablando los dialectos románicos diferenciados por la carencia de escritura. Aquí dase una ilusión en los historiadores de la Península que atribuyen todos los orígenes sociales y literarios de la misma á los romanos, cuando éstos, por su diminuto número, no ejercieron más que una acción moral, siendo el idioma el instrumento de asimilación con el cual el conquistador se relacionó con el pueblo vencido y civilizado. En la invasión de los árabes, dos fuertes razas y dos civilizaciones se hallaron en conflicto, y por esto penetrá-

ronse, como se ve en la imitación de las costumbres árabes por los muzárabes y después en la asimilación de las costumbres hispanas por los mudéjares; la lengua árabe vulgarizábase en la *araira* y la lengua románica arabizábase en la *aljamia*; pero una de ellas llegaría á imperar de un modo absoluto. Había de ser aquella que fuera órgano de mayor civilización: el latín. Los árabes fueron coadyuvados en la conquista de la Hispania por el elemento *mauresco*, verificándose así el regreso al tipo ibérico, las convulsiones históricas del cual favorecieron la persistencia de su tipo antropológico.

II

La base histórica

Con la coexistencia en la Península de los tres núcleos étnicos principales—iberos, celtas y celtíberos—se justifica la diferenciación de las futuras nacionalidades y el agrupamiento de los elementos afines en núcleos de identidades étnicas. Los celtas quedaron formando cinco grupos de tribus bárbaras: cántabros, astures y vascos al septentrión; galaicos y lusitanos al occidente. Ocupaban estos últimos, según Strabón, el territorio cercado por el océano al norte y poniente, y limitado al sur por el Tajo. Al oriente es difícil determinar sus fronteras, que se dilataban muy allá de las actuales.

De aquí que se deba rectificar el nombre de Lusitania dado al Portugal actual, ya que está fuera de toda duda que los límites meridionales de la antigua Lusitania apenas llegaban á las orillas del Tajo. Según el mismo Strabón, el elemento céltico del cabo Finisterre, no obstante, era del mismo origen que los celtas ó cletas que habitaban la región comprendida entre el Tajo y el Guadiana.

En la historia de Portugal se observa que el Condado de Galicia, luchando por su independencia contra la absorción castellana, se extiende primero hasta el Duero, y en la segunda época—ó sea cuando la superioridad de los galaicos se desarrolló merced á inmigraciones de otras tribus galaicas—llega hasta las márgenes del Tajo. Asimismo el Condado de Portugal, en las luchas por su constitución autónoma, procura primeramente incorporarse Galicia, como su natural prolonga-

miento; y sólo después de repelidas estas ambiciones, que reaparecieron en el reinado de D. Fernando, el territorio nacional portugués se conquista á los árabes del Alemtejo y del Algarve, donde en la época céltica se habían establecido los turdetanos ó túrdulos, pueblo afín con los lusitanos, que lo limitaban al norte.

Con este establecimiento de las tribus túrdulas, el territorio confinado por el Miño empieza á corresponder á una realidad etnológica, designada con el nombre de *Lusitania*, cuya separación de Galicia —con la cual tenía un fondo céltico común—era apenas debida al cruzamiento con los libio-fenicios, origen de una pálida modalidad étnica, comenzando desde entonces la confusión entre el sentido geográfico y nacional de las dos denominaciones *Galicia* y *Lusitania*, conocidas indistintamente; las cuales, transmitidas por las poblaciones, llegan hasta los cronistas de la Edad media, embarazando las investigaciones de los eruditos. Los accidentes históricos de la conquista neogótica, haciendo variar aún los límites de Galicia, tornaron la confusión verdaderamente laberíntica. Por la bravura de Fernando *el Magno*, extendiéndose la reconquista hasta el Mondego, todo el territorio fué designado con el nombre de *Galicia*. Las conquistas hacen variar aún los límites meridionales de Galicia hasta el Tajo, quedando sin realidad el nombre de *Lusitania*. Establecida la independencia del Condado Portucalense, destacado administrativamente de Galicia y ampliado hasta el Mondego, aun aparece esa confusión en Lucas de Tuy, quien emplea simultáneamente los dos nombres.

Indudablemente presentan aún hoy mayores afinidades étnicas los pueblos extendidos en el territorio que va del Tajo al cabo Ortegal, que los comprendidos entre este río y el cabo San Vicente. No obstante, en todos ellos dase la identidad nacional favorecida por las semejanzas de raza, y sobre todo por la mancomunidad histórica, sirviendo todos á un idéntico ideal político. Por esto son ciertas las palabras del historiador inglés Stephens: «Cuando Felipe II se anexionó Portugal en 1580, fué por y lo menos un siglo tarde para poderse operar la fusión de portugueses y españoles. Ya entonces habían existido Vasco de Gama, Alfonso de Albuquerque y otros grandes capitanes y exploradores, que enseñaron á Europa el camino marítimo de la India; y la lengua portuguesa, que era el dialecto romance de Galicia, análogo á los de Castilla y Aragón, se había transformado en una gran lengua literaria con el genio de Camões y Sá de Miranda. Consciente de su historia nacional, la nación portuguesa se separó otra vez de España en 1640.»

La bandera rojo-verde cubre á pueblos que son de sangre gallega. Su lengua es tan nuestra como sus mares. Nuestras montañas—dice Murguia—salvan todo límite, y con sus brazos de granito unen, como en otros tiempos, á los que tienen un mismo origen y una misma historia. Á veces arraiga el árbol en tierra de ambas regiones y da sombra á gentes que, siendo unas, se tienen por diversas.

III

El elemento céltico de la unidad luso-galaica evidenciado en la literatura y el carácter

Otro tanto aconteció con Cataluña. Cuando Fernando *el Católico* intentó y realizó en apariencia la unidad política española, efectuóse ésta á lo menos tres ó cuatro siglos tarde para poderse operar la fusión de catalanes y castellanos. Ya entonces habían existido Ramón Berenguer *el Grande*, Jaime I, Pedro III, Pedro IV, aquellos grandes monarcas que guiaron sabia y heróicamente el pueblo catalán hacia el ideal mediterráneo, ejerciendo una hegemonía triunfal en el mediodía de Europa; y la lengua catalana se inmortalizaba en los insignes códices del *Consulat de Mar* y de los *Usatges*, dictaba la disciplina filosófica de Lull y se hermoseaba con la poesía de Ausias March, transformada ya en una gran lengua literaria. Consciente de su historia nacional, la Nación Catalana, si, cual la portuguesa, no conquistó aún su autonomía política, mantuvo siempre enhiesta la bandera de sus reivindicaciones nacionalistas, persistiendo en la heroica demanda de su libertad, resistiendo á la opresión extraña.

El territorio en el cual se constituyó la nacionalidad portuguesa hállase dividido en tres partes distintas por los geógraíos antiguos, principalmente por Strabón. Una parte extendíase desde el cabo Finisterre hasta el Duero: era á lo que propiamente se llamaba *Galicia*, ó territorio de los gallegos; otra parte extendíase desde el Duero hasta el Guadiana, ó propiamente el territorio de la Lusitania, según opinión de Ptolo-

meo; y la otra extendíase desde el Guadiana hasta el cabo Sacrum, y era la Turdetania. Con ella se constituye y completa la unidad de Portugal.

La nacionalidad portuguesa comenzó á organizarse en la región entre Duero y Miño, donde existía más elemento étnico de raza árica, sobre todo las colonias griegas y romanas—igual que aconteció á la nacionalidad catalana, organizada allí donde existía más elemento étnico de raza árica y ligúrica—como se ve por el régimen enfitéutico de la propiedad en la provincia del Miño; asimilóse fácilmente la región central á título de libertación del dominio árabe, y conservó la agregación por la acción vigilante de las Órdenes de Caballería; y, por último, la tercera región, como refugio de los árabes que era, fué conquistada por las incursiones marítimas en que el genio de la nueva nación se revelaba, manifestándose con una conciencia de su misión histórica en la conquista de los *Algarves de além-mar,* ó Africa del Norte, en tiempo de don Juan I, cuando apuntaba ya el ideal oceánico en la política nacional portuguesa.

Existe, pues, unidad étnica entre los elementos constitutivos de la nacionalidad portuguesa, y la persistencia de los caracteres de las razas —vestigios ibéricos, tradiciones y tipo celta—explican y justifican el individualismo nacional portugués subsistiendo siempre contra las continuas y tempestuosas corrientes de unificación castellana, leonesa ó navarra á pesar de no existir fronteras naturales poderosas que separen Portugal de España. La preponderancia del elemento celto-ligúrico en el portugués y gallego, no desnaturalizado por influencias de otros pueblos invasores, como en las regiones centrales hispanas, caracteriza y separa aquel individualismo nacional, favorecido por la situación geográfica. El ligurio era el celta marítimo: el pueblo portugués presenta estos dos caracteres fundamentales : el genio amoroso y el aventurero en las expediciones oceánicas. El sueño de las *Islas Encantadas* lo lanzó á la exploración del Mar Tenebroso; y el ideal de un triunfador venidero, personificado más tarde en el infeliz D. Sebastián, inspiró á los poetas que cantaron el destino de Portugal como el quinto imperio del mundo. Estas tradiciones tienen raíces étnicas profundas. Suetonio, hablando de la elevación de Galba al imperio, alude al hecho de la leyenda de que una virgen cantábrica profetizó que de Hispania había de salir el dominador de todo el mundo, y que esta profecía fué hecha hacía más de dos siglos y se realizaba en Galba. Este no era hispano, pero el hecho tiene gran importancia al mostrarnos la proveniencia de una tradición de salvadores que aún persiste entre el pueblo, en la forma de Santiago y San Jorge, del Cid y de D. Sebastián. De todas las tradiciones medievales, las que prevalecieron en Portugal, ya entre el pueblo, ya en la literatura, fueron las bretonas, porque estaban en el carácter portugués.

Si buscamos el filón céltico en la literatura portuguesa, fácilmente podemos narrar muchos hechos que denotan una predilección, por decirlo así orgánica, para preferir estas leyendas. En el *Cancionero* de Angelo Collaci existen diferentes *lais bretones* adaptados á la poesía por-

NUNO GONÇALVES

PANEL DEL ARZOBISPO (antes de restaurar)

Serie de la «Adoración de S. Vicente» (Museo del Patriarcado-Lisboa)

tuguesa: el conde D. Pedro coligió en su *Nobiliario* la tradición del *Rey Lear*; D. Juan I reproduce en la jerarquía caballeresca de su corte el séquito de los compañeros del rey Arturo y manda traducir en portugués la *Demanda de San Graal*, que se conserva en parte inédita en la biblioteca de Viena; el condestable Nun' Alvares Pereira imita en sus mocedades la virginidad heroica de *Galaaz;* D. Juan II, en las fiestas palatinas, vístese á la manera del *Caballero del Cisne*, y, en la biblioteca de su abuelo el rey D. Duarte, guardábanse las principales novelas del ciclo de la Tabla Redonda, como el *Baladro de Merlín*, *Tristán y Galaaz*, al paso que no se halla allí ninguna de las grandes gestas galo-francas. En el onomástico de la sociedad civil de principios del siglo xv, las damas toman el nombre de *Isêa* (Yseult), de *Genebra* (Geniwer), de *Briolanja* (Brengienne), de *Viviana;* y los hombres llámanse en general *Tristão Arthur*, *Lisuarte*. Y atiéndase que, durante el período de constitución de la nacionalidad portuguesa, fueron muy íntimas las relaciones de aquel pueblo con Francia; pues ni aún así las gestas penetraron tan profundamente entre el pueblo como las tradiciones bretonas en el corto intervalo de las relaciones de la corte portuguesa de D. Juan I con Inglaterra. Esta circunstancia, aparentemente maravillosa, sólo puede explicarse por la persistencia de un gran elemento céltico en el pueblo portugués.

Tanto los escritores extranjeros como los nacionales distinguen á los portugueses por su carácter amoroso; y la obra más famosa de las literaturas medievales, el *Amadis de Gaula*, se funda sobre ese sentimiento llevado hasta el heroísmo de la fidelidad. Las tradiciones de Juan Soares de Paiva, trovador que muere por una princesa; de D. Pedro I, que corona á Inés de Castro después de muerta; del Beato Amadeu por la emperatriz D.ª Leonor; de Bernardim Ribeiro por Juana de Vilhena; de Cristóbal Falcão, el cantor del *Crisfal*, por María Brandão; de los *Doce de Inglaterra*; de Manuel Sepúlveda por Leonor de Sá; de Mariana Alcoforado, la inefable religiosa, la apasionada autora de las *Cartas da Religiosa portugueza;* de la fidelidad de Paulina, que asombró por la verdad de su amor al propio Casa-Nova, que la exalta en sus *Memorias*... todas estas tradiciones exceden lo que hay de más extraordinario en los otros pueblos. Ante tantos asertos no admira que los escritores nacionales formulasen con tanto acierto esta característica. El rey D. Duarte, en el *Real Conselheiro*, dice: «em geral os mais de todos os portuguezes som leaes e de boõs corações»; y Gil Vicente, hablando de los portugueses en la tragicomedia de las *Côrtes de Júpiter*, acentúa : «São extremos nos amores.» En la comedia *Eufrosina*, Jorge Ferreira de Vasconcellos define admirablemente este genio amoroso.

«E não me negucis ser esta a principal inclinação portugueza e d'esta lhe veiu a cavalheirosa opinião de primor que tem sobre todos ess'outros, e estimarem as mulheres sobre todos..... como atilado, gentil, galante e nobre esposo, compadece todos os effeitos do amor puro, não consinte mal em sua dama, não soffre vêr-se ausente d'ella, busca de noite e de

dia onde e como a veja, queria sempre estar com ella, emmagrece com cuidados e má vida, muda toda a má condição em boa, queima-se por dentro em pensamentos, que humilde representa em lagrimas e suspiros, signaes de verdadeira dôr. Em todo o seu querer unido e conforme com o d'ella, constante em sua fé e chama sempre em suas affrontas, como a alcança nunca a deixa até a morte e assi a faz senhora de si mesmo; não pretende proveito, salvo o d'ella pelo qual commette fouto todos os perigos; nem dormindo perde d'ella lembrança, antes n'isso se deleita, determinando viver e morrer com ella, *se desespera mata-se* ou faz extremos mortaes, tudo isto e muito mais se acha no bom portuguez, de sua natural constellaçao apurado no amor...»

Aproximando de esta última frase de Jorge Ferreira lo que Cervantes dice, en su *Historia de Persiles y Sigismunda*, de los portugueses, que entre ellos era *casi costumbre morirse de amor*, vemos que esta característica fundamental aún subsiste como en los siglos XVI y XVII.

El suicidio es una enfermedad contagiosa en Portugal, y en las clases populares y en la juventud se perpetra sólo por amor. La nostalgia, la añoranza, la *saudade*, es también una dolencia privativa del gallego y del portugués insular. En las *Epanaphoras da Historia portugueza*, escribe D. Francisco Manuel de Mello, «*o nosso natural é entre as mais nações conhecido por amoroso...*» Los castellanos lo confiesan por boca de sus mayores genios. Lope de Vega, en la sublime comedia de *Dorotea*, dice con una ingenuidad encantadora: «Yo, señora, tengo ojos de niño y alma de portugués.» Y Vicente Espinel, en *El Escudero Marcos de Obregón*, deja este trazo: «enamoraba (cortejaba) á todas como un portugués». Madame de Sévigné, respondiendo á una carta sentimental, recela volverse una portuguesa: «*il me parle de son cœur a toutes lignes; si je lui faisais réponse sur le même ton, ce serait une Portugaise*». Balzac personifica la pasión loca en el tipo ideal del portugués Ajuda-Pinto. Edgar Quinet, en las *Vacances en Espagne*, describe las portuguesas como hermanas de la *Sacuntala*, así apasionadas y tristes; y Camões explicaba la metafísica del lirismo portugués por el gusto que las mujeres sentían por un concepto de Petrarca ó de Garcilaso. Realmente el lirismo portugués distínguese por este excitado subjetivismo, sin analogía entre ninguna de las literaturas modernas: las *Folhas cahidas*, de Garrett; el *Campo de Flores*, de João de Deus; algunas de las elegías de Soares de Passos; y, como fenómenos de regresión étnica en el lirismo brasileño, los versos de Alvares de Azevedo, Castro Alves, Casimiro de Abreu, Fagundes Varella; expresan cuanto el alma humana puede sentir en el lenguaje más comunicativo. Las canciones populares, la cuarteta improvisada, los *despiques de conversados*, los *fados* plangentes, la *cantiga solta*, están llenos de expresiones profundísimas de verdad, relámpagos dentro del mundo moral, revelaciones subjetivas que no se derivan de una especulación mental, sino de una pasividad inconsciente: son como voces de la naturaleza, desde el céfiro hasta la tempestad. Y, en esta poesía del amor, los poetas y el

pueblo entiéndense instintivamente, porque los hidalgos de los siglos XIII y XIV introdujeron en sus *Cancioneros* la corriente tradicional de las *serranillas*, y esta savia orgánica de la inspiración no fué desconocida de los grandes líricos portugueses. El amor es el tema *mater* de la literatura portuguesa, y la propia epopeya nacional *Os Luziadas* fué creada por el «amor do ninho seu paterno». Es por eso que los portugueses son todos poetas en la edad juvenil, en las ilusiones de la vida; poetas y soldados como Camões, Diego do Couto, Hector da Silveira; un gran número conserva la pasión de la poesía en las luchas parlamentarias, como Garrett; en las especulaciones matemáticas, como José Anastasio da Cunha; en medio de los trabajos anatómicos, como Soares Franco; y hasta en el banco de ministro. Inglaterra, bajo su utilitarismo salvaje, no comprendiendo la existencia de una nación de poetas, llamó á Portugal una nación despreciable (1).

Esos caracteres de un sentimiento amoroso, nostálgico, patriótico, los vemos por igual en Portugal que en Galicia, por lo mismo que descubrimos en uno y otro pueblo las identidades étnicas. Hablando de la invasión romana, el gran historiador Mommsen afirma la independencia de las regiones centrales del Norte y Oeste de la Península, que no aceptaron el yugo de las legiones, mostrándose absolutamente refractarias á la civilización y al dominio del invasor. Esto explícase atendiendo al diverso grado de cultura de los pueblos hispanos. Mientras los levantinos poseían una regular civilización—vinculada por la permanencia en su territorio de pueblos cultos, como el fenicio, que por espacio de 500 años habitó el Oriente peninsular echando los gérmenes del municipalismo, que, como dice Renan, constituyendo la base de sociedades ulteriores, tan extraordinaria influencia ejercería en las costumbres políticas de la Iberia—las rudas y numerosas poblaciones del Nordeste peninsular resistieron más tenazmente la imposición de la cultura romana. Por esto allí se conservaron las tradiciones poéticas productoras de esa eflorescencia lírica tan prematura que hacía considerar al Marqués de Santillana, aun en el siglo XV, á gallegos y á portugueses como los primeros que ejercieron «este Arte que mayor se llama». El espíritu de resistencia contra el dominio romano conserva los cantos populares como un medio de excitar el valor. A más de esto, la proximidad del foco poético de la Aquitania, donde la raza se conservó menos perturbada por las invasiones árabes, hizo que en la reviviscencia de ciertas formas líricas cupiese á Galicia y á Portugal la acción iniciadora. Y, en verdad, los *Cancioneros* galaico-portugueses, según confesión de los filólogos alemanes, encierran las composiciones líricas más bellas de todo cuanto resta de la Edad media en este género. ¿Cómo se puede explicar esta belleza excepcional sino por una mayor pureza de tradición?

(1) Th. Braga: *A Patria Portugueza.*

IV

La personalidad de Galicia

Avanzando en el estudio de la historia, vemos que durante la Reconquista ya se manifiestan los separatismos nacionales. Galicia intenta varias veces sacudir el yugo asturiano, como cuando Fruela, ayudado por la nobleza y magnates gallegos, destronó al hijo de Ordoño, proclamándose rey en Oviedo, y cuando Sancho I y Bermudo García, rey de Galicia, reinaba en el territorio comprendido entre el cabo Ortegal y el Mondego; y todas las anteriores y posteriores divisiones del territorio debidas eran casi siempre á ambiciones de los condes y reyes gobernadores y no á luchas de refracciones étnicas ó nacionales.

Los límites del reino de Fernando *el Magno* se habían dilatado hacia el Occidente peninsular, conquistadas sucesivamente Lamego, Vizeu, Seia y Coimbra. Galicia, cuya frontera variaba continuamente, según los cristianos extendían sus dominios por esta parte más hacia el sur ó tenían que retroceder ante las armas de los sarracenos, muchas veces victoriosas, dilatóse finalmente hasta el Mondego. Coimbra, que, no sólo por la antigüedad y grandeza relativa, sino por ser militarmente como la llave del territorio encerrado entre este último río y el Duero, era una población importante, fué erigida en capital de un nuevo Condado ó distrito, cuyo gobierno el guerrero príncipe confió á uno de sus mas brillantes capitanes, que así nacían los pequeños Estados en aquellas eras, fruto de donaciones principescas, insumisiones hijas de egoísmos y

rencores, intereses dinásticos... casi nunca inspirados por un ideal nacional; territorios cuyos límites podían variar á capricho de su señor sin mengua de la nacionalidad, que aun no estaba afirmada por un ideal y por un patriotismo.

Antes de esa época, Galicia—bien cómo las demás provincias de la antigua monarquía leonesa—estaba regida por diversos condes, cuyos territorios variaban de extensión. Unas veces esos condes tenían bajo su autoridad más de un distrito; otras, estaban sujetos á un conde superior ó á un virrey. Entre esos gobiernos es donde á mediados del siglo XI aparece el Condado Portucalense. Así como Coimbra era la población más importante sobre el Mondego, Portucale, situada junto al Duero, era cabeza y principal población de un territorio que abarcaba al norte una parte del litoral de la moderna provincia portuguesa del Miño, y al sur las tierras que hasta el Vouga se habían sucesivamente conquistado. Sesnando ó Sisenando, hijo de David, rico muzárabe de la que hoy llamamos *provincia de la Beira*, señor de Teutugal y de otras tierras en territorio conimbricense, había sido introducido en la corte de Sevilla en tiempo de Ibn-Abbad, y por sus talentos é importantes servicios al príncipe sarraceno llegó á ocupar el cargo de vivir en el diwan, esto es, de ministro ó miembro del supremo consejo del emir, que lo distinguía perfectamente entre sus consejeros. Sesnando era temido en las guerras contra los enemigos de Ibn-Abbad, porque en sus empresas guerreras siempre le acompañaba la victoria. Ignórase el motivo por que abandonó al emir de Sevilla para entrar al servicio del rey Fernando; pero su proceder posterior indica que alguna grave ofensa le habrían inferido los sarracenos. Admitido en la corte del rey de León y de Castilla, logró convencer al monarca de las ventajas que obtendría invadiendo el Occidente de la antigua Lusitania. El resultado de la invasión justificó las previsiones de Sesnando, y el rey de León retribuyó el buen servicio que el muzárabe le había prestado, dándole el gobierno de un distrito constituído con las nuevas conquistas y con la tierra portucalesa del sur del Duero.

Los hijos de Fernando *el Magno* se dividieron el reino por voluntad de su padre, cabiendo á D. García, Galicia y Portugal, junto con los territorios recién conquistados á los moros entre el Duero y el Mondego. Con el nombre de *Portucalense* ya era antes conocida esta tierra, origen de la nación lusitana y su principal foco (1). Sublevándose los nobles portugueses y gallegos contra el carácter irascible, inconstante y fácil de D. García, al recurrir los primeros al auxilio del rey de León, que se incorporó Portugal, quedaron momentáneamente separados Portugal y Galicia.

Desde fines de 1093, ó principios de 1094, vemos aludido el conde Raimundo de Borgogne, casado con D.ª Urraca, dominando la Galicia y el territorio lusitano norte hasta Coimbra. Y en documentos de esa épo-

(1) Véase Nicolas de Goyri: *Origen del Condado de Portugal.*

ca consta que su soberanía, dependiente de D. Alfonso VI de León, se extendía por todo el territorio galaico y lusitano hasta aquel entonces conquistado.

Integrando Galicia, hasta aquella data, el territorio denominado en documentos y crónicas de los siglos XI y XII, *Portucale*, *Terra portucalensis*, comienza entonces á figurar como provincia distinta, aunque en lo sucesivo variaran sus límites. Y cuando el rey García gobernaba Galicia, este reino llegaba hasta el Mondego, dividido en condados sometidos. El conde borgoñón D. Henriques, casado con la infanta D.ª Teresa, hija del rey de León, lanzó los fundamentos del nuevo Estado. Muerto el conde gobernador, D.ª Teresa se proclamó reina de la naciente nacionalidad, extendiendo su territorio con la conquista de los distritos de Tuy y Orense; pero hasta las proezas de su hijo Alfonso Henriques no se cimentó sobre bases duraderas el hecho de la organización política.

Cuando la viuda del conde borgoñón D. Henriques, la infanta doña Teresa, quiso solidar la independencia de la naciente nacionalidad, extendía hacia el norte sus dominios, rindiéndole vasallaje los pueblos de más allá de Orense; y si las incursiones de los moros al sur no hubieran distraído de Galicia sus fuerzas, seguramente las fronteras del nuevo Estado hubieran ultrapasado en mucho las fronteras del Miño.

En una magnífica lápida de mármol blanco empotrada encima de la puerta de comunicación con el recinto interior del poètico castillo de Almourol, léese una inscripción latina que dice:

EN LA ERA DE 1209
—1171 DE LA ERA DE J. C.—
EL MAESTRE GUALDIM DE BRAGA,
QUE ES CABEZA DE GALICIA,
EDIFICÓ EL CASTILLO DE ALMOUROL
CON LOS CABALLEROS SUS HERMANOS

Dedúcese de esto que en aquel tiempo, Braga, ciudad lusitana, era considerada cabeza de Galicia, capital de aquel extenso territorio; lo que demuestra la identidad territorial entre Galicia y Lusitania para los efectos políticos y eclesiásticos.

Las tradiciones y cantos populares del Miño—Norte de Portugal—complétanse por el estudio simultáneo y comparativo de las tradiciones de la región asturo-galaico-portuguesa, «*substractum*—como dice Teófilo Braga—de una nacionalidad que se extendía por la orla marítima del oeste y que abrazó la Beira portuguesa».

La primitiva unidad territorial de los pueblos gallegos y lusitanos ya fué reconocida por los geógrafos antiguos. Strabón llamaba *galai-*

cos á los lusitanos. Cuando el Marqués de Santillana consideraba á gallegos y portugueses los primeros que ejercieron en España el arte provenzal de trovar, mal sabía que esa región pertenecía á aquel elemento étnico que creó el lirismo trovadoresco. Desde 863 existía Galicia como condado independiente, luchando tenaz por su autonomía contra la anexión leonesa en 885, que deshizo al cabo de veinticinco años de lucha, para caer más tarde en la unidad con los demás Estados peninsulares de occidente, sofocada la revuelta separatista del 981.

Más, mucho más, podría acrecentar sobre este asunto, y suplan mi falta de erudición los concienzudos trabajos de Teofilo Braga, Herculano, Oliveira Martins, Masdeu, Lafuente, Mariana, Fita y otros, que podrán consultar con provecho aquellos que al invectivarme demostraron la más supina ignorancia sobre cuestiones que merecen más bien atento estudio y que es ley exijamos á los que con la mayor desaprensión levantan cátedra de doctores.

Son tantos los hechos históricos comprobativos de esa identidad étnica, de esa comunidad moral entre gallegos y portugueses, que es puerilidad, ignorancia ó mala fe impugnar modernamente aquellas doctrinas que reconocen una verdad elemental y que consagran la historia y la ciencia.

En España se abren paso modernamente las teorías nacionalistas siguiendo la orientación general de Europa; y, á pesar de los cien años de centralismo que han sufrido los pueblos hispanos, es vivo el nacionalismo de catalanes, castellanos, vascos y gallegos. Esa doctrina de las nacionalidades ha de triunfar en el porvenir.

Epilogando esas desaliñadas consideraciones, repetiré lo que sobre la patria portuguesa escribí en 1905 para mi IBERISME, bastante antes del incidente provocado por la conferencia del Real Instituto de Lisboa. «Los rencores de los hombres—decía—han mutilado la más hermosa de las nacionalidades peninsulares: el pueblo portugués y el pueblo gallego no son otra cosa, en su actual situación, que dos entidades artificiales, hijas de una misma entidad étnica, filológica é histórica. Hoy Galicia repara en su personalidad, y tiene un historiador, el malaventurado Murguia; tiene un poeta, Curros Enriquez; tiene un gramático, Antonio de la Iglesia; tiene un crítico, Augusto Besada; entrevé el hermoso resurgimiento del espíritu regional que defendía Brañas: regionalismo al que no faltaban enemigos para templarle en la lucha: el antirregionalismo del ejército acaudillado por Vidard, Zancada, Arévalo, Neira y otros.

Quien recorra Galicia y conozca la región portuguesa llamada *miñota*, creerá encontrarse en un país de idéntico territorio y entre la misma gente. Portugal y Galicia forman una sola nacionalidad bien característica: el primero resistiendo siempre á la incorporación leonesa, navarra y castellana; la segunda conservando en el infortunio los caracteres de su personalidad; en una y otra, la persistencia de la propia fisionomía, el instintivo amor á la nacionalidad: amor que en Portugal ha sido una continuidad histórica, amor que en Galicia tiene una tradición

NUNO GONÇALVES

PANEL DEL INFANTE (restaurado)

Serie de la «Adoración de S. Vicente» (Museo del Patriarcado-Lisboa

gloriosa y una aspiración actual en el deseo de autonomía regional. En la remodelación política de la Iberia, Portugal y Galicia formarán fatalmente una nacionalidad indivisa.»

Esa solución fatal desmorona el sistema unitario y centralizador que sufrimos en España, y sus corifeos no se amagan de contrariar aquélla de una madera ostensible. La proclamación reciente de la República Portuguesa constituye un verdadero avance en el camino de las reivindicaciones ibéricas. La increible rareza es que aquí son los partidos liberales y algunos núcleos republicanos los que con más saña combaten la teoría de las nacionalidades hispanas, sin ver que inutilizan toda realidad de sus ideales en la monarquía ó en la república luchando contra la hostilidad de los nacionalismos ibéricos á los que niegan satisfacción en un nuevo régimen progresivo. El espíritu centralista español, aferrado á la unidad católico-monárquica, combatirá siempre cualquier solución política ibérica que definan o quieran imponer los núcleos nacionales catalanes ó portugueses, porque éstos, por la virtualidad de sus autonomismos, tenderían forzosamente hacia una solución federalista.

Hace poco tiempo, al proclamar las Cortes constituyentes lusitanas la República que implantó la revolución del 5 de Octubre de 1910, cuando se preparaba en tierras de Galicia un movimiento sedicioso de los escasos partidarios de los Braganzas, un periódico madrileño, órgano del partido liberal español, y tan ministerial como *La Mañana*, escribía que para cumplirse el ideal de Teófilo Braga, publicado en *The Times*, y que consiste «en una federación ibérica de cuatro ó cinco repúblicas, basadas en las divisiones de raza, y una de las cuales sería Portugal con Galicia», el aludido diario monárquico-liberal decía que «el ideal del pacífico filósofo puede ser—será—al revés, seguramente; y, donde se lee Portugal con Galicia, debe leerse Galicia con Portugal, y sin el gorro frigio, que no aconsejan las circunstancias y que rechaza la estética». Es decir, una nueva manifestación del atavismo hegemónico y absorbente de la política castellana, tan opuesta al criterio liberal, pimargalliano, de la opinión de Cataluña.

V

Identidad artística

La peculiar etnogénia del pueblo portugués, tan acentuada, revélase en todos los aspectos de su vida social, trasciende á las costumbres y carateriza su arte.

Y esa característica, que se manifiesta aún vigorosa en nuestros días á pesar de las intensas relaciones históricas y de reciprocidad espiritual entre los pueblos de la Península hispana, y aún entre los focos de la civilización occidental latina, constituye la suprema razón de la autonomía de la patria lusa.

En lo político, Portugal ha desarrollado á través de los siglos su bien definida misión histórica; y aquel pueblo de navegadores, de civilizadores, ha contribuído á la cultura de la humanidad de una manera preclara.

Solamente en el campo nobilísimo del arte parecía como si el temperamento lusitano nada hubiera creado de propio, nutriéndose de la influencia y dictadura de las escuelas extranjeras. Y era tanto más de extrañar esa falta de personalidad artística de los lusitanos, cuando, reconocida la existencia del temperamento peculiar de la raza, no imprimió ésta un cuño característico en el arte nacional. Era voz corriente que el arte portugués no había formado una escuela propia. Y más confirmaba esa creencia el no coexistir—en el momento ascensional del espíritu portugués—con la nacionalización poética del alma épica de Camões y del teatro popular de Gil Vicente una escuela primitiva de pintura que se incorporara con propia personalidad en la historia del

arte cincocentista, la época áurea de las faustosidades manuelinas.

Para los que consideraron Portugal, la civilización portuguesa, un nuevo episodio de la civilización española, así como para los que creyeron Cataluña, la civilización catalana, un prolongamiento ó una fase más ó menos interesante de la misma; para todos esos, la existencia autónoma de las escuelas de arte catalana y lusa les descubre un campo extenso para la investigación histórica. Esa injusta incorporación de las específicas culturas portuguesa y catalana en la genérica española, sin dar gloria á España, ha contribuído á que quedara oculta una parte insigne del patrimonio artístico peninsular, ha desviado la atención de los críticos, sembrando de confusiones la historia, y ha dado ocasión á que se perpetraran verdaderos despojos.

Cataluña, al ver renacer modernamente su civilización, ha reivindicado en lo espiritual y en lo político el alto relieve de su personalidad. Del arte español ha desglosado los legítimos esplendores de su escuela, de su temperamento estético. Portugal empieza ahora á desentrañar la característica de su genio nacional, en el arte, de la síntesis artística constituída por la historia general española.

En una carta que el ilustre crítico José de Figueiredo dirigió, en Abril de 1910, al añorado sabio y laborioso Dr. Sousa Viterbo, comentaba así ese profundo tema:

«No hay duda que el territorio español está lejos de poseer un clima y una vegetación uniformes. Más de una vez y demoradamente hemos recorrido sus diferentes provincias, desde el extremo norte al extremo sur, y hemos constatado como sus regiones son relativamente variadas. Pero, desde que pongamos de parte Galicia, que no es otra cosa que la prolongación de nuestro Miño, la costa mediterránea que, por lo menos en parte, es la continuación de la Provenza francesa y su región pirenaica, que se funde en la región limítrofe de este último país, llegamos á la conclusión de que su carácter general es aproximadamente el mismo. Dada la resignación del gallego y la indiferencia del basco, sólo el catalán vive en una verdadera paz armada con el castellano dominador.

»En Portugal, la diferenciación es casi nula. Pueblo más pequeño y poblado por razas idénticas, el hombre del sur y el del norte fundiéronse ligados por los mismos intereses y por la misma aspiración de independencia que los hizo fraternizar en Aljubarrota y Montes-Claros.

»Y, no obstante, la influencia climatérica es de tal importancia en la evolución del arte, y especialmente de la pintura, que nuestro movimiento pictural primitivo del sur del país distínguese en la tonalidad del norte. Los paneles de las escuelas de la Beira-Alta son más oscuros, del verde profundo de los pinares y castaños, y del verde suave del musgo; mientras que los alemtejanos son más claros y dorados, del rubio de las mieses y del tono amarillento de los vastos campos en que el restollo, después de las cosechas, se perpetúa. Pero es apenas en esto que

se manifiesta la distinción de una y otra escuela, distinción más superficial que la que separaba las escuelas de las diferentes regiones españolas, en tanto el arte del Renacimiento no lo niveló todo con sus cánones asfixiantes. Hasta mediados del siglo XVI, las escuelas españolas eran casi tantas como las provincias, siendo relativamente características la Aragonesa, la Castellana y la Catalana.»

Está por hacer la historia del arte portugués.

El trabajo previo de inventariar la riqueza artística nacional, si es ya muy valioso, dista mucho de constituir una base sólida y completa. Las monografías y estudios de críticos tan notables como Joaquín de Vasconcellos, Sousa Viterbo, Ramalho Ortigão, José de Queiroz, Raczynski, José de Figueiredo, Braancamp Freire, Coelho de Carvalho, Vieira Natividade, y algunos otros, con ser un repositorio precioso, no representan, ni de mucho, los materiales definitivos para la gran historia general del arte luso. Reivindican, todo lo más, la personalidad artística de Portugal, desglosándola gloriosamente de la historia española. Transparéntase en esos trabajos aislados toda la grandeza de una escuela primitiva, todo un desarrollo ininterrumpido de un marcado temperamento nacional. Incorpórase á Portugal el prestigio de nombres ilustres que España se había indebidamente apropiado. Resucítase la historia artística portuguesa, definiéndola como un todo homogéneo, vivido, fruto del genio creador de la occidental nación ibérica.

De todos esos trabajos de investigación y de crítica destácase, por la trascendencia de sus casi definitivas conclusiones, el que mi querido amigo José de Figueiredo acaba de publicar sobre el pintor portugués Nuno Gonçalves, su obra y su época. La magistral monografía del joven director del Museo de Arte Antiguo de Lisboa, revela, no sólo la existencia de una escuela de pintura lusitana en el siglo XV, sino la grandeza incomparable que en la obra de Nuno Gonçalves alcanzó el arte portugués, de tal manera, que sólo acreditando en precedentes de escuela nos la explicamos; y precedentes genuinos por cierto, pues el naturalismo de Nuno Gonçalves, libertado de la influencia van-eyckiana, nacionaliza brillantementemente la pintura portuguesa de la época, fruto del temperamento especial de la raza lusa. Rectifícase así la opinión de que los primitivos portugueses eran una variante poco afortunada de la escuela flamenca.

El hecho de acentuarse la tendencia serena y luminosa del naturalismo portugués de los siglos XV y XVI hacia una adhesión á la escuela de Van Eyck, sin que venga á destruir, es claro, la influencia bizantina y giottesca en los predecesores de Nuno Gonçalves, indica, á mi ver, una identidad afectiva de temperamento, ambiente social y medio físico entre portugueses y flamencos, de tal manera, que aquéllos, apartándose de la visión artística torturada y lúgubre, de colorido brillante y desarmónico, de la escuela castellana, en la flamenca, plácida y suave, luminosa é idílica, encontraban la genuina adaptación de su temperamento.

Y ese temperamento lusitano está tan vivamente en el espíritu de la raza, que, cuando se encarna en Velázquez, irrompe victorioso de los precedentes étnicos adoptivos (Velázquez era portugués nacido en España), y revela en su obra todo el ancestralismo lusitano, de tal modo inadaptable al temperamento castellano, que la escuela velazquiana no tiene aquí continuadores. Es el caso del portugués Sanches Coelho, también. Y ha de ser en Cataluña—gracias á la paridad del temperamento nacional catalán con el portugués, de pronunciado ancestralismo ligúrico —que Velázquez vese notablemente comprendido en Viladomat. Como ya antes, en los primitivos, esa casi identidad en el genio artístico hizo que coincidieran portugueses y catalanes en la aproximación á la escuela flamenca, caracterizada entre nosotros por Dalmau.

Y una particularidad singularísima, que acentúa José de Figueiredo en su libro O Pintor Nuno Gonçalves, y que proclama la unidad espiritual de gallegos y portugueses, es la de que «la pintura primitiva portuguesa evolucionó, primeramente á través de la gallega, ó, mejor, conjuntamente con ella, bajo la influencia bizantina, influyendo aún en nuestra pintura hasta mediados del siglo xv, y simultáneamente con aquélla, sus derivadas francesa é italiana, y en especial, desde fines del siglo xiv, las escuelas sienense y florentina. Después, á partir de la venida de Juan Van Eyck á Portugal, al acabar el primer tercio del siglo xv, nuestros artistas comienzan á fijarse en la escuela flamenca, pero ésta sólo influye decisivamente desde fines de ese siglo».

Sobre la identidad originaria del arte luso-gallego, José de Figueiredo hace notabilísimos comentarios en el capítulo tercero de su libro.

Esa doctrina de la *irmandad* del arte gallego y portugués desde el periodo gótico, ha sido posteriormente confirmada por la autorizada opinión de Manuel Murguía, el gran historiador, y Eladio Arce, el sabio arqueólogo. El propio José Figueiredo se complace en insistir sobre ese punto. De la carta mencionada dirigida por el autor al Dr. Sousa Viterbo, destacamos estos períodos:

«En mi libro O Pintor Nuno Gonçalves, procuré acentuar bien la unidad de Galicia y Portugal. Para quien conozca á fondo el territorio de una y otra orilla del Miño, esas regiones no son sino partes componentes del mismo todo. La raza gallega y la portuguesa de las provincias limítrofes, es indudablemente la misma, con las mismas costumbres y la misma lengua, aunque algo deformada, desde el siglo xv, por la influencia del castellano. Y la orografía y el clima son también exactamente iguales. Reclus, que es autoridad en el asunto y está fuera de cualquier sospecha, así lo proclama.

»La comunidad de vida aun hoy se mantiene, y en épocas remotas no había portugués de pro que no fuera, una vez al menos, hasta Santiago, de visita al túmulo del Apóstol compostelano. El proverbio popular lo confirma diciendo «quem ali não fosse em vida, lá iría fatalmente depois de morto».

»El Tombo A) y el Tombo B), hablan también claramente de esa influencia. La reina D.ª Teresa tiene allí su retrato entre los de los más grandes bienhechores; y nuestros reyes, sus sucesores, aparecen, en más de un registro de esos libros, como continuadores de esa devoción que hace del santo compostelano, durante parte de la dinastía de Borgoña, casi el patrono de nuestro pequeño mas glorioso país. He aquí porqué, desde las magnificentes sillerías de la vieja basílica hasta las plazuelas del vetusto burgo, todo en Compostela nos habla de nosotros y de nuestra raza: el paisaje y los habitantes, sobre todo los que, viniendo del interior, guardan casi intacto el idioma primitivo. Los títulos de dos de sus principales calles también ayudan á la evocación: llámase, una, *Rua Nueva*, la otra, *calle de la Rainha*.

»Divergentes en sus períodos áureos, los monumentos portugueses y gallegos igualmente comprueban como, de un lado á otro, la transfusión ha sido grande y superior. El movimiento de flujo y reflujo en que se traduce siempre la vida animal y la social es también evidente en esos dos retajos de un mismo y nobilísimo organismo. Hasta el siglo XIV, Galicia, inspirándose de la Francia, nos viene á ayudar á levantar más de uno de nuestros templos.

»Cabíale de derecho ese honor, porque era ella entonces el foco más brillante de la Península; y la propia Cataluña, que el corto reinado de un príncipe portugués había de levantar artísticamente tan alto á mediados del siglo XV, le cede entonces la primacía. Pero la hegemonía castellana esbózase, y desde entonces Galicia empieza á declinar, hasta casi vegetar á fines del siglo XV, cuando la unión de Castilla y Aragón da á aquélla la supremacía definitiva en todas las Españas.

»Es el momento de Portugal poder pagar su deuda y, aunque incompletos los estudios de nuestras relaciones con aquella *provincia* española á partir del segundo tercio del siglo XV, algo se ha apurado que prueba haber pagado, el genio artístico portugués, superiormente la deuda abierta desde los primeros tiempos de nuestra independencia.

»Referímonos á lá iglesia de Santa Maria, matriz de Pontevedra, uno de los más bellos monumentos cincocentistas de Galicia, obra de un portugués, como pudimos comprobar en la visita que le hicimos el año pasado.

»No fué sin emoción que, al entrar en esa iglesia, constatamos sus afinidades con más de una de nuestras construcciones religiosas de esa época, y en especial con los Jerónimos, del que, en algunos puntos, parece ser una réplica. El hecho de la colocación del coro inmediatamente á la puerta de entrada, y particularmente la curva de su archibóveda, más extraño hacía el atribuir ese edificio á un español, ya que, desde mediados del siglo XV, los coros estaban emplazados, en España, en medio de la nave principal, frente al altar mayor. Y para esa impresión concurría el ser de nuestra escuela del norte los retablos cincocentistas que ornamentan una de sus capillas laterales.

»Recelando una desilusión, pusímonos á examinar de nuevo todas las

paredes y recantos, no olvidando una única piedra, siendo nuestro trabajo coronado del éxito más lisonjero, pues en el interior de uno de los muros del altar mayor encontramos en caracteres góticos y en el portugués más puro la siguiente inscripción: «TRAÇA: DE: I.º (JOÃO); DE BARBEITO.»

»Mucho tendríamos que decir sobre las consecuencias de este descubrimiento, que enriquece el arte portugués del siglo XVI con un nombre más, que, por la maravilla de la obra, es de los más gloriosos de esa nuestra época tan notable, siendo una de ellas, tal vez, la reivindicación, para nuestro arte, de la célebre Capilla de los Reyes, de Santiago, cuya piedra hoy se sabe haber sido ofrecida por el rey D. Manuel.»

Más erudita y desenvueltamente insiste José de Figueiredo en el luminoso tema de la identidad del temperamento artístico de portugueses y gallegos en las páginas de su último trabajo sobre el pintor Nuno Gonçalves.

«El arte portugués es, en su origen, común con el gallego, y no puede separarse de él, como éste no se puede separar del nuestro. Galicia y Portugal de entonces son dos partes integrantes de la misma raza, no sólo con el mismo clima y las mismas tradiciones, sino con las mismas costumbres y la misma lengua, separados por los azares políticos, y continuando por eso á vivir la misma vida durante mucho tiempo, teniendo aquélla, á pesar de los esfuerzos empleados por los castellanos, desde mediados del siglo XV, aun hoy día, más afinidades con nosotros que con aquel pueblo.»

Semejante fenómeno ocurre en Valencia. La influencia castellana ha sido tan persistente en aquella risueña parte meridional de Cataluña, que, de no existir la honda tradición histórica, literaria y artística, Valencia hubiera perdido su carácter por completo, constituyendo una provincia más de la patria castellana, como Andalucía, como Aragón, como Navarra, como las mismas Vascongadas—á pesar del pseudo-nacionalismo bizcaitarra (1)—definitivamente incorporadas, en la política, en la filología y en el arte, al patriotismo castellano.

La reivindicación de la catalanidad de origen, en los valencianos, débese al renacimiento de la cultura regional, al reatamiento, digámoslo así, de las relaciones espirituales con Cataluña, gracias á nuestro despertar social, que ha obligado á la juventud valenciana estudiosa á mirar

(1) El bizcaitarrismo, sin una base histórica y sin una base literaria, constituye, á mi ver, un irrequietismo faccioso. El idioma vasco, que no pudo formar una literatura, va relegándose á un mero valor arqueológico. El nacionalista vasco, católico y monárquico, habla en castellano á sus conciudadanos. Así como el barcelonismo, hondamente catalán, constituye la fuerza directora del catalanismo, el bilbainismo, perfectamente castellano, no puede constituir el nervio y la norma del verdadero nacionalismo bizcaitarra. El nacionalismo catalán, sin Barcelona, estaría acéfalo: que es lo que ocurre al bizcaitarrismo.

NUNO GONÇALVES

PANEL DEL ARZOBISPO (restaurado)

Serie de la «Adoración de S. Vicente» (Museo del Patriarcado-Lisboa)

Barcelona como la Atenas occidental, centro irradiador de la civilización mediterránea que elaboraron en aquellos felices tiempos de libertad patria los pueblos todos que integraban la gloriosa nacionalidad catalana, civilización que engrandecieron noblemente los catalanes de Francia y los catalanes de España, y entre éstos, de un modo preeminente, nuestros hermanos de Valencia.

Con Portugal y Galicia aconteció lo mismo. La identidad nacional de portugueses y gallegos, depárase hoy nuevamente gracias al renacimiento literario de Galicia y á la expansión de la cultura lusitana. Sobre la coincidencia histórica y artística, insiste aún José de Figueiredo en su notable libro O Pintor Nuno Gonçalves:

«D. Alfonso VI de León, casando á sus hijas D.ª Urraca y D.ª Teresa con los condes D. Raimundo y D. Enrique de Borgoña, dió primeramente á aquél el gobierno de Galicia, que comprendía, para aquende el Miño, hasta el Mondego, y después hasta el Tajo, constituyendo en conjunto la más vasta provincia de León y Castilla.

»Y fué debido á este motivo—al que se juntó más tarde el salir derrotado D. Raimundo de una incursión hasta Lisboa en 1094—que D. Alfonso VI dividió el territorio en dos partes, entregando á D. Enrique la que iba desde el Miño hasta el límite de la provincia ocupada aún por los árabes y conocida entre ellos con el nombre de *Algarb*. Desde entonces hasta 1109, época en que murió el rey de León, D. Enrique no pasa de un simple gobernador. En ese año, empero, declara su condado independiente, negándose á reconocer la supremacía de D.ª Urraca, actitud que mantiene hasta su muerte (1112), y que su viuda continúa hasta que, en 1165, su hijo, más feliz que sus padres, consigue, algunos años después de la batalla de Ourique, ser reconocido rey.

»Es este el origen del reino de Portugal. Pero la desmembración que su organización representa de una de las mayores regiones de la Península, no lo separó, ni durante ese período de lucha encarnizada, ni posteriormente á él, de sus hermanos de allende el Miño. Mientras la constitución del reino no fué un hecho, y desde que su independencia fué reconocida por el Papa Alejandro III, Portugal vivió lo más estrechamente posible con Galicia leonesa. Y por eso la corriente artística é intelectual que entonces derivaba de Francia, de donde procedían igualmente los condes D. Enrique y D. Raimundo, no sufrió desvío en su marcha hacia aquende el Miño.

»Las crónicas de la época, y lo que nos queda del arte de entonces, lo prueban claramente. Y, lo que es más, todas esas pruebas, si no resuelven el problema de ser la obra artística máxima, la basílica compostelana, esencialmente regional, aunque con resabios de influencias varias como quieren los escritores de arte gallegos, y no apenas una derivación directa, aunque particularizada ya, de *S. Sernin de Toulouse*, como afirman los críticos franceses, nos llevan á la conclusión de que nuestro arte de entonces vino directamente del gallego, pues aún hoy se puede,

comparando lo que queda, ver la identidad absoluta que liga á ambos.

»Los pintores portugueses—continúa el ilustre autor—perseveran en el naturalismo, lo que no ocurre en pintores de fuera Portugal, de aquella época. Iniciados por la escuela bizantina y desarrollándose dentro de su estética, como los artistas de todas las demás escuelas, devinieron, sin perder probablemente nada de su carácter, naturalistas con los italianos del *trecento* y *quatrocento*, y á esa tradición permanecen fieles, abandonando más tarde, sin desnacionalizarse empero, la influencia italiana por la flamenca, apenas el arte de aquel país olvida los sanos principios de Giotto para entregarse á los cánones deslumbradores, pero llenos de peligros, del arte clásico. Y esto á pesar de, á fines del siglo XV, cuando se opera ese cambio, ser cada vez más íntimo nuestro contacto artístico con Italia, pues en esa época entran en Portugal gran número de obras de arte de aquel país y nos visitan artistas de tanto mérito como Sansovino.

»El amor al naturalismo domina á nuestros pintores de tal manera, que, de la escuela holandesa, los artistas preferentemente escogidos no son los adeptos de la escuela romana ó veneciana, sino sobre todo los que continúan enamorados de los saludables principios de los artistas contemporáneos de la época inmediatamente anterior. Sucediendo que, cuando en el primer tercio del siglo XVI la pintura decae en Flandes, obsesionada por el arte clásico, nuestros pintores continúan aún naturaralistas, y, desde este punto de vista, más holandeses que los artistas de Holanda.

»Con todo, ni en el primero ni en el segundo periodo los artistas portugueses pierden su carácter. Sus obras no se dejan arrastrar nunca ni por el demasiado estilo en que frecuentemente caen los sucesores de Giotto, ni por el realismo, á veces bastante excesivo, de la mayoría de los continuadores de los Van Eyck. El arte portugués, conforme al temperamento de nuestra raza, es un arte calmo, dulcemente contemplativo, visto simultáneamente con los ojos del alma y los del cuerpo, sin los grandes vuelos del arte italiano, pero tampoco sin las rudezas en que cae á menudo el arte holandés. Lo que no prueba, sin embargo, que el arte portugués esté falto de dinamismo, parado como la muerte, y como ésta inerte y frío, no: sino un arte sereno y lleno de grandeza como el sueño suave que le anima y qué es su mejor piedra de toque.

»¿Conclúyese de eso que entendemos haber tenido Portugal una escuela de pintura primitiva suya, característica? Creemos que sí.

Pero ¿qué viene á ser para nosotros una escuela de arte? He aquí lo que ante todo es preciso definir. Sin eso no podemos averiguar si realmente en Portugal la pintura revistió en este período el carácter que creemos necesario para poder marcar así ese nuestro movimiento artístico.

»Una escuela de arte es el conjunto de obras de una determinada época, producidas, en un país, por artistas nacionales ó extranjeros á ese país adoptados, que, sin dejar de ser universales por la fatalidad de la

técnica dominante y por la influencia de la obra de los grandes maestros mundiales, se distinguen, no obstante, por su carácter especial, para que concurran las condiciones particulares del medio social y físico en que viven. La concepción de arte que adoptamos, es, por lo tanto, una concepción particularista y no individualista. Según nuestro entender, la concepción de la individualidad artística, como la entiende la mayoría, es una concepción abstracta, mística, como lo es asimismo la concepción de la individualidad de los pueblos. La caracterización de éstos y de aquélla justifícase más por el clima, la naturaleza del suelo y los recursos naturales de la región que por la raza, pues ésta es una en más de un pueblo que hoy presenta costumbres é instituciones diferentes, y aún que por la lengua, que, en su esenciá fundamental, es común á naciones consideradas como individualmente distintas.

»Es, por lo tanto, el clima, la naturaleza del suelo y sus recursos naturales, tanto más que la raza y que la lengua, lo que puede concurrir á particularizar á los pueblos; y son por eso, sobre todo, éstas también las causas cuya influencia más cuidadosamente debe averiguarse en la obra de nuestros artistas para poder discernirse sobre su particularización, ello es, sobre su carácter.

»Además que, como un organismo vivo, una escuela de arte será tanto más caracterizada y perfecta cuanto más compleja y viva, esto es, cuando, siendo más extensas y variadas sus manifestaciones, todas ellas converjan en un determinado sentido para la misma ó idéntica intensidad expresiva que las marque también á todas como provenientes del mismo origen.

»Diferenciados más acentuadamente en el norte y en el sur, los artistas primitivos portugueses están en tanto ligados por el mismo sentimiento constitutivo de la raza, que se traduce, en pintura, sobre todo por la manera de ver el color y de movimentar la línea, y hasta por la manera de caracterizar el fondo étnico de las figuras por ellos representadas y que con ellos compartían el territorio regional.

»En las composiciones de los artistas innegablemente portugueses de entonces, en balde se buscará el violento convulsionar de actitudes que es siempre el comentario coreográfico de todas las canciones españolas; como en balde se buscará también en esos pintores nuestros el contraste duro de colorido que da á algunas tablas del país vecino el aspecto de verdaderos mosaicos.

»El sol castellano, brillando ardiente en un cielo azul y sólo más pálido del reflejo de sus rayos, ahoga los medios tonos hasta cerca las horas de transición, como, entre nosotros, no sucede sino cuando su brasero esplende, en lo alto, en pleno zenit.

»Por eso el artista español no es nunca un colorista en el sentido riguroso de la palabra. Su color es brillante, pero no armonioso. Y esta manera característica de ver, es evidente en sus primitivos. Ningún portugués habría distribuído, sobre un fondo de oro encendido, los tonos francos, violentos, que distribuyen, en el período gótico, aquellos

artistas, y que no convienen sino á fondos más muertos y apagados. Sobre tales fondos, tan raros entre nosotros, las tonalidades, aunque ricas, son siempre sordas y suaves. El español, con su luz dura, que las brumas marinas sólo en una pequeña extensión atenúan, y que aun así resalta duro en casi todo su territorio, debido al tono violento del paisaje, despojado de verdores, no puede nunca ver las *nuances* y las medias tintas; y por esto la verdadera armonía, que nace de la gradación de aquéllas, es rara, si no imposible, en los artistas españoles. Velázquez, que la tiene como ningún otro, es portugués de origen; y Sánches Coelho, que igualmente la posee, es nuestro por temperamento y educación. En cuanto á Murillo, español de raza, si es superior en sus cuadros de género, es por exteriorizar en ellos la violencia de su visión del colorido, cayendo y resbalando hacia el convencionalismo cuando, en sus *Madonas*, huyendo á esa tara constitutiva, quiere, sin la acentuación de colores y con recetas aprendidas del arte italiano, hacer surgir, en una evocación vaporosa, de entre la suavidad de un cielo desmayado, la figura tan espiritualmente dulce de sus inmortales *Concepciones*.»

Aquí yo me atrevería á objetar al ilustre crítico que, contrariando su opinión, el genio artístico de Cataluña se ha desarrollado de una manera autónoma á través de su historia; y que las condiciones étnicas especiales y particulares de los catalanes, junto con la influencia de la zona húmeda mediterránea y la situación de su teritorio, abierto á las civilizaciones más poderosas de la antigüedad y recibiendo aún hoy en la Península las primicias de las ideas europeas, todo ello contribuyó á fijar la fisionomía inconfundible del arte de Cataluña. Durante su largo período de independencia, la civilización de Cataluña presenta una admirable integralidad y un glorioso destaque de la civilización castellana.

Ese error, que le hizo tomar por metonimia la parte por el todo, la escuela castellana por las escuelas españolas, no dejará de rectificarlo, quien, como José de Figueiredo, tanto conoce el arte ibérico y tan amante es de la verdad y de la justicia. Y esta rectificación, ya, en cierta manera, el propio autor la hace por incidencia cuando habla de los pintores catalanes Vergós, en las mismas páginas del libro que estamos comentando, al decir que «el arte catalán se aparta del arte castellano, que, en virtud de razones climatéricas y de raza, es más violento y dramático que el arte, por tantos títulos notable, de Cataluña».

La pérdida de su independencia política hizo que Cataluña, al igual que Galicia, viera disminuir, apagar su genio, su iniciativa nacional, sin que esto quiera indicar la descaracterización de su espíritu particularista, y mucho menos la atrofia de sus facultades privativas originarias ó étnicas. Pasado el natural anorreamiento que provocó la pérdida de la libertad política, Cataluña ha reaccionado, reentrando en el camino olvidado de su civilización. El genio catalán ha surgido en la obra brillante de nuestro Renacimiento.

Sobre este tema, recuerdo algunas eruditas é inéditas observacio-

nes que el propio José de Figueiredo dejó estampadas en otro de sus estudios: *Algumas palavras sobre a evolução da arte em Portugal.*

«La llamada escuela de Madrid—afirma—cuyo verdadero precursor es el portugués Sanches Coelho, iba, por este hecho, á iniciarse con un pintor de origen lusitano, Velázquez, y á acabarse con otro, hijo también de portugueses, si no portugués, Claudio Coelho. La fuerza de los tres fué el naturalismo, poderoso en el primero, triunfante absolutamente en el segundo, y más débil, pero aún con cierta vida, en el tercero,—ese mismo naturalismo dominante en Portugal hasta la gran catástrofe de 1580, época en que la pintura española, ya de tiempo prisionera del convencionalismo italiano, caminaba á la decadencia en que caería fatalmente sin el genio de estos artistas.

»A excepción de Ribera, educado fuera de España en la corriente brutal, pero un poco saludable, de Caravaggio, y, por decirlo así, revelado á los españoles, por Velázquez, todos, incluso Murillo, deben á Sanches Coelho, y al autor de *Los Borrachos*, la mejor parte de su fuerza. Y Claudio Coelho, el único que más tarde continúa aún luchando por la buena causa, ese acaba vencido por el arte italiano, que, con Giordano, lleva definitivamente á la ruina el arte español, tan superior, del siglo XVII.»

En el libro extremamente pintoresco é interesante, del eximio crítico Coelho de Carvalho, titulado *Viagens*, deparo en unas curiosas y originales consideraciones que al autor sugiere la contemplación de los autores de la gloriosa escuela de Sevilla.

«La aparición de Velázquez—dice—venido del mismo movimiento naturalista de que salieron Murillo, Zurbarán y Alonso Cano, es, sin embargo, un extraño fenómeno acaecido en el arte español, pues que, á pesar del medio ambiente de Sevilla ser excelente y propicio, sería difícil á las fuerzas fisiológicas de la raza castellana, afectada de perversión neurótica, originada por el terror y por el ascetismo, producir una organización tan perfectamente equilibrada.

»Velázquez, no obstante, era hijo de un portugués, y de un portugués de la mejor sangre y de la casta preponderante: provenía, por tanto, de una raza que se formó en una atmósfera de libertad y afirmada ya históricamente, deviniendo en aquel siglo la primera nación de la tierra.

»Nadie podía negar á la nobleza de Portugal del tiempo de D. Manuel y de D. Juan III el alto mérito intelectual y las preclaras virtudes cívicas que produjeron los héroes de la India y los sabios navegadores; cualidades esas que sólo aparecen cuando la sociedad llega al pleno y natural desarrollo de sus fuerzas.

»El padre de Diego Rodrigues da Silva y Velázquez era Juan Rodrigues da Silva, de la ilustre casa de los Silvas de Portugal, de Porto, que, segundón y sin fortuna, pasó á España y fijó residencia en Sevilla,

donde casó con Jerónima Velázquez. El gran pintor nació en 1599, diez y nueve años después de la anexión de Portugal á la corona de Castilla. Portugal ejerció entonces una verdadera hegemonía espiritual en la literatura castellana. De igual modo se debía ejercer, en las familias castellanas en que la sangre portuguesa predominase, un equilibrio más estable de sus facultades y temperamento.

»La unión ibérica, empero, si fuera definitiva, tendría, por la misma ley fisiológica, consecuencias fatales para la excelente raza portuguesa, cuya sangre sana se perdería, al cabo de algunas generaciones, en la gran ola de la sangre castellana, como una pequeña gota de agua clara en un océano revuelto. El peligro de la unión ibérica está principalmente en la fatalidad de esa ley, por la cual no salvaríamos España, perdiéndonos nosotros para siempre.

»En el genio de Velázquez se puede observar esa dupla influencia: la de la sangre portuguesa, que dió la tenacidad y equilibrio de las facultades de estudio y de criterio justo, y la de nuestra orientación literaria, que originó el espíritu artístico de la corte de Felipe IV, en cuyo centro se fijó definitivamente su índole, creándose la escuela de Madrid.»

«A veces, en la pintura primitiva española,—acrecienta José de Figueiredo—como en Berruguete, la composición general tiene un aspecto de calma y de equilibrio que, entre las tablas de los artistas de España y de la misma época, solicita la mirada como un punto de reposo para las retinas ya cansadas de tanta violencia de movimiento y dureza de tonos. Pero la ilusión es corta, porque, al aproximarnos y al reparar más detenidamente en el panel, descubrimos luego que el artista sintió sólo superficialmente al maestro exótico al cual se arrimó. En los grupos que quedan atrás del primer plano—pues en éste las figuras, hechas más cuidadosamente, mejor se adaptan al deseo preconcebido del autor—el modo de ser propio del artista, excitado de esa misma forzada continencia, exaspérase, y, tanto en el color como en el movimiento, esa parte de su obra es la más dura y lo más excesivamente dramática posible.

»Es que, como probó Reclus y largamente desarrolló Silva Telles, Portugal tiene orográficamente una fisionomía propia y uno de los caracteres de esa fisonomía y de su situación física especial es su gran humedad, á consecuencia de ser barrido hasta en sus parajes más recónditos por los vientos del mar, que arrastran siempre consigo, en forma imperceptible á veces, la gasa de sus neblinas. De ahí la dulzura de tonalidades que la naturaleza nos ofrece, sin los contrastes duros de la tierra española, en la que esos vientos casi no penetran; y de ahí también el consiguiente poder de ver el color y de ser colorista, porque esta facultad no es, ni nunca fué, apanagio de los que oponen tonos violentos, sino de los que los aprehenden hasta en sus menores gradaciones y los saben después distribuir en todo su suave cromatismo.

»Y esto, como elemento de identificación, es importantísimo; por-

que aquello á que el pintor no puede nunca substraerse es la influencia física del medio; y por eso, como el color, aunque instintivamente, es el que le da siempre la euritmia de los aspectos y lo que mejor que nada le acaricia su retina, especialmente predestinada y educada, al examinar el fondo de paisaje de un cuadro gótico, lo que primero de todo hemos de procurar saber es si el efecto de las tonalidades se ajusta al ambiente en que presuponemos nacido y criado al autor de ese cuadro.

»Era este, poco más ó menos el modo de ver justísimo de Joaquín de Vasconcellos, quien, posteriormente á la venida á Portugal de Justi, lo modificó, conviniendo con aquel ilustre escritor de arte en que la verdad arquitectónica de los fondos era también un elemento importante para la identificación de nuestras tablas de esas apartadas épocas. No diremos que, una ú otra vez, no sea ese un medio para la averiguación deseada; pero raramente servirá ese elemento. Hasta mediados del siglo XVI, los fondos eran, en su composición, generalmente tradicionales; y el artista, al ejecutarlos, guiábase más por el modelo del maestro preferido que por la naturaleza misma. Arboles y casas eran, muchas veces, mas imaginadas que vividas, y la arquitectura era casi siempre una arquitectura propia, *de pintor*, y no una arquitectura real, con su estructura racional y la adecuada y lógica ornamentación.

»En los asuntos religiosos el canon era inexorable; y el artista, al evocar las orillas suaves del Tiber ó los cerros ondulados de la Judea, había fatalmente de animarlos con la indispensable y consagrada palmera ó el característico y hierático cedro.

»Unicamente, como la luz con que realizaba no era la de esos países lejanos sino la de su humilde burgo ó la de su grandiosa ó discreta ciudad, los árboles hebraicos ó las casas nórdicas eran siempre evocados con una luz regional, conformemente á la tonalidad de la visión directa. Y es esto, y el carácter de las figuras que servían de modelo al artista, su mejor rúbrica, la que felizmente viene aún, una vez por otra, á juntarse á las impropiedades en que su falta de educación especial lo hacían resbalar, supliendo, con aquellos que tenía á la vista, los accesorios de los países lejanos que su pintura quería evocar. Lo que hace que, en medio de una habitación oriental ó en un paisaje septentrional, la cántara de de Coimbra ó la carreta de bueyes de la Beira Alta, con su *tonse*, tan característico, sus ruedas recortadas, tan elegante y desahogada, y sus *xedas*, tan lindas, que se dirían las antenas de un fantástico animalucho, nos surjan, en su deliciosa é imprevista sugestión, marcando regionalmente al artista desconocido que las ejecutó.

»Y este modo de ser físico de nuestra tierra, del cual la dulzura de nuestro temperamento es el más justo reflejo, sin violencias, y la religiosidad suave de nuestra fe cristiana, sin demasías, se traduce aún, aquí y allí, en concepciones particularísimas que nacionalizan la interpretación de algunos episodios ó tipos fundamentalmente tradicionales. Entre otros recordaremos la de los *Calvarios* y la de Satanás.

»Los *Calvarios* de nuestros pintores primitivos se apartan de los *Cal-*

varios de los pintores españoles de la misma época, y hasta de los *Calvarios* de los pintores alemanes, flamencos é italianos de igual período. No tienen la dureza de colores y de líneas de los *Calvarios* de los pintores de los dos primeros países, difiriendo también en mucho, su movimentación, de la de los *Calvarios* flamencos, en los cuales, al rededor de la escena dramática que constituye el centro, y á dos pasos de la angustia profunda de la Virgen, los personajes secundarios destácanse, generalmente, con un realismo tan individual y fuerte, que hace de esas figuras otras tantas hermanas gemelas de las que algunos años más tarde han de animar las *kermesses* de los pintores de ese último país. Los *Calvarios* italianos, éstos, son muy compuestos, con las figuras todas agrupadas, cuidadosamente, en la preocupación de un efecto de conjunto, pero sobre todo estético y pictórico.

»Los pintores portugueses tienden esencialmente á la emoción, y, proponiéndose plasticizar, con los italianos, el conjunto, nos dan empero más su sentimiento ante la tragedia de ese día memorable que propiamente efectos y sugestiones artísticas.

»Y todos los personajes, realizados con un sano naturalismo, sin violencias, viven casi exclusivamente del drama en que intervienen. No se podría, por esto, quitar al mismo una sola de esas figuras sin que su desaparición causara perjuicio, no á la composición general del cuadro, como sucedería á una tabla romana ó veneciana, sino á su mismo poder expresivo; poder que es tanto mayor y más pungente cuanto toda esa sinfonía dolorosa está dada siempre en sordina, desde la tonalidad y la actitud discreta de los personajes hasta al nublado, generalmente más ó menos monótono, del cielo.

»El Demonio de nuestros pintores cincocentistas es un Demonio bien infernal, acentuadamente monstruoso: tiene más garras que alas. Pero el ángel caído de nuestros retablos de aquella época está, sin embargo, tratado por el artista con un respeto que es el temor que entonces todos, en Portugal, sentían por ese dios del mal en cuyas uñas afiladas recelaban caer. Es proverbial el episodio del rústico que, teniendo que atravesar un puente en inminente ruina, se encomendaba alternativamente á Dios y á Satanás, temiendo indisponerse con alguno de ellos. Ahora bien: con nuestros pintores primitivos dábase un caso análogo, y Belcebú, por ellos representado como uno de los primordiales elementos de su cosmogonía, aun bien medieval, les merecía, en su horror, el respeto de una fuerza formidable con la cual no se podía bromear.

»Con otro temperamento y una educación artística diferente, el artista holandés, que en algunas de las provincias que constituían esa región artística, á mediados del siglo XVI, era ya declaradamente protestante, veía, en la figura odiada del ángel rebelde, á un enemigo tan digno de sus graves anatemas como de sus deslabazadas burlas. Buen bebedor y dado á la carcajada, no le desagradaba exponer á la irrisión de sus compañeros esa figura que más de una vez seguramente le surgiera,

alta noche, como un genio de desolación y pavor. Ridiculizándolo, vengábase así de esos momentos en que su cansada energía se dejó apoderar por ese fantasma de las tinieblas.

»Date, no obstante, de más ó menos tarde el satirismo en la pintura flamenca, y pertenezca, si se quiere, á Juan Van Eyck el *Sortilegio de Amor* del Museo de Leipzig, no fué, sin duda, con este grave y severo maestro que el satirismo entró en Portugal. Esa iniciación cabe más probablemente á Quentin Metsijs, que acentuó como ningún otro el lado realista de algunos personajes de sus cuadros religiosos; pero, tamizado en el temperamento y en la educación portuguesa el satirismo de Metsijs—que es, en este punto, el precursor de Breughel—modifícase y suavízase entre nosotros. En balde, por eso, se buscará en nuestros pintores primitivos un panel, como el de Patinir, representando las tentaciones de San Antonio Abad, donde el Diablo, en su triple exhibición femenina, aparezca encarnado en una vieja cortesana, escandalosamente descotada, riéndose, de antemano, del éxito de su armadilla. Travistiendo al Diablo, el pintor portugués de entonces lo disfrazará, cuando mucho, de fraile, como hizo, pintando la *Tentación de Jesús*, el autor de los paneles de la iglesia de San Juan Bautísta de Thomar.

. . . . . .

»¿Cómo se comprende, pues, que el arte lusitano, que á mediados del siglo xv había alcanzado con Nuno Gonçalves un tan alto grado de individualidad bajo la influencia bizantina y giottesca, en vez de perseverar en esa orientación se arrimase, desde fines de aquel siglo, al arte flamenco?

»Las razones son, á nuestro entender, primeramente el cosmopolitismo que, más que nunca, revistió entonces la vida y el arte en todas partes, y luego las afinidades del modo de ser portugués con el modo de ser flamenco, manifestadas sobre todo en esa tendencia que la pintura de aquel país revela, en el comienzo del siglo xv, hacia el naturalismo en los mismos episodios religiosos, convirtiendo los episodios bíblicos en episodios familiares, en que la Virgen, el Niño, San José y otros santos nos aparecen en la misma atmósfera cariñosa y accesible en que vemos moverse las familias burguesas de Gand y de Bruges.

»Al temperamento portugués, heroico en la guerra, pero discreto y recogido en la paz, viviendo amorosamente la vida familiar que deja siempre con añoranza cuando el destino le lleva á lejanos países, evocando los felices tiempos de convivencia entre los suyos y los recuérdos del pueblo humilde; á ese temperamento, adaptábase admirablemente ese arte en que, más que los heroísmos de sus guerreros y conquistadores, se cantaban las virtudes y las alegrías del hogar. El lirismo suave y el espiritualismo equilibrado de las gentes lusitanas, sufridas, sobrias y resignadas, reveíase enteramente en esas escenas familiares de intimidad, que otra cosa no son esos idilios místicos en que el genio de Van Eyck y de sus sucesores evocaron sus nobles rezando á la Virgen ú oyendo la palabra iluminada del Redentor entre paisajes deliciosos en torno de la mesa simbólica.

»Ni el arte italiano del Renacimiento, con la teatralidad de sus gestos, reflejo de las actitudes superhumanas del arte griego y de su Olimpo multiforme de dioses, teatralidad á que sólo se substraen los grandes genios, como Vinci ó Rafael, y en que brilla precisamente esa fuerza formidable que se llamó Miguel Angel, ni el castellano, que convirtió esas actitudes en convulsiones casi demoníacas de su temperamento ultraviolento, cuadraba á nuestra manera de ser.

»Y así es como, mientras en España las escenas de martirio son las más plasticisadas, constituyendo siempre el episodio dominante de la monografía de un santo, en Portugal son sus virtudes y sus milagros el tema que pintores y escultores escogen y realizan. Y muchas veces, al evocar en la tabla ó en la tela el desarrollo de la existencia terrena de esos elegidos de Dios, el artista portugués no realiza, pormenorizando, los tormentos por él sufridos, sino que los sugiere por la simple exhibición de uno ú otro de los instrumentos de tortura.

»Ver en las tablas de los Vergós la vida de San Vicente, es ver, sobre todo, al santo asándose sobre las aguzadas parrillas á que le condenaron sus verdugos, ó bien suspenso del caballete donde sufrió todas las atrocidades. En la mayor parte de las tablas portuguesas, como en las de Nuno Gonçalves, los instrumentos de tortura ni siquiera están visibles. Y la razón de eso es la misma que hace aún que hoy el español se delicie asistiendo á una corrida de toros, verdadera carnicería de animales, cuando no de personas, mientras que el portugués, con rarísimas excepciones, saldrá de allí acongojado y con náuseas. La volupia de la sangre y la embriaguez de su olor acre, que enciende en la faz de las castellanas la rosa encarnada de la excitación y del febril entusiasmo, son desconocidas de las portuguesas, que, generalmente, ante esos espectáculos, empalidecen, cuando no sucumben y desmayan.

»Pero la identidad no quiere decir igualdad. Así es que, el que sepa ver, convendrá en que el carácter de las figuras es fundamentalmente distinto en los cuadros portugueses y en los cuadros flamencos, como lo es, asimismo, el carácter ó el sabor de los paisajes. El hombre y la mujer flamenca son blancos y colorados, de una carnación gorda y flácida, mientras que nuestro tipo más característico es moreno, y, cuando tostado por el sol del interior ó por los vientos de la costa, acentuadamente trigueño. Nuestros cuadros son suaves y envueltos en la dulzura y suavidad de la humedad de la atmósfera que en ellos se esparce siempre más ó menos. Y, en Flandes, esa humedad es mucho mayor, formando casi siempre nubes y acortando el horizonte. Los verdes de los primeros términos son á veces casi iguales, si no iguales del todo, en uno y otro país; pero los del último término, que allí son más profundos y cerrados, son aquí más claros, dorados y finos, gracias á la rarefacción y transparencia de la atmósfera. Y la perspectiva es también allí más tímida y reducida, mientras aquí se prolonga indefinidamente á través de los últimos accidentes del terreno, hasta fundirse en el cielo, ó desaparecer en el Océano, si éste limita la escena. La atmósfera es también más

límpida, pero sin duda menos interesante, porque del rendillado ó impreciso de las nubes sacaron los artistas flamencos larga compensación de la limitación de sus horizontes.»

El libro O Pintor Nuno Gonçalves, constituye un eruditísimo y admirable estudio sobre la autenticidad de los paneles del gran pintor que existían en el Museo patriarcal de San Vicente de Fora, en Lisboa, en un deplorabilísimo estado de conservación.

Las soberbias tablas de Nuno Gonçalves (1450-1471, actividad artística conocida) magistralmente restauradas, con una nada vulgar honradez y seguro criterio por el ilustre profesor de la Academia de Bellas Artes Luciano Freire, son de lo más perfecto que he visto de aquella época. Como documento etnográfico, tienen un valor inestimable; como obra de arte, conceden un excepcional prestigio á la escuela primitiva portuguesa.

Yo creo á Nuno Gonçalves superior á Van Eyck y á Memling. Como retratista es insuperable: las cabezas de sus figuras adunan maravillosamente todo el realismo del poder de observar con toda la espiritualidad del poder de sentir. Gran psicólogo, Nuno Gonçalves imprime en el rostro de sus personajes el proceso capital de su vida. Defectuoso en la perspectiva—vicio común en la época—el gran artista posee, en compensación, un colorido extraordinario, de una gran riqueza, sobria y profunda; una comprensión nítida del claro-oscuro que sólo vemos superada en Rubens y en Rembrandt dos siglos después; un buen gusto señorial decorativo; y una pincelada, en fin, llena de sinceridad y de largueza.

Comprenden, los famosos paneles de San Vicente, el llamado *del Infante*, el *del Arzobispo*, el *de los Frailes*, el *de la Reliquia*, el *de los Pescadores*, y el *de los Caballeros:* seis entre todos.

José de Figueiredo, el escrupuloso crítico de arte que para mayor gloria de su país ha logrado autenticar y salvar de la ruina esas maravillas del siglo xv, reivindicando así la existencia y los esplendores de una escuela primitiva de pintura portuguesa, es autor de concienzudos trabajos que revelan una erudición profunda y una orientación segurísima.

Licenciado en Derecho hará cerca de diez y ocho años, y siendo, por lo tanto, según la frase de su gran amigo y admirador Guerra Junqueiro, «como toda a gente, um bacharel formado», reveló siempre una especial inclinación por los estudios de arte. Con esa predilección, fuése á París, ansioso de instruirse y educarse en materias artísticas, siguiendo varios cursos libres, entre ellos los de Lefenestre, Michel y otros.

Pero tanto ó más que en esas lecciones aprendió José de Figueiredo en los museos y en los talleres de los más famosos artistas europeos, sobre todo en el de Rodin, de quien quedó amicísimo y que á su inquieto afán de aprender desvendó un ancho y luminoso camino. Acompañado de Rambosson, actual miembro del Consejo Superior de Artes

Decorativas, de Francia, pasó muchas tardes en el famoso taller de Rodin, entonces reducido á los barracones que el Estado le cedía en la *rue de l'Université*, oyendo al maestro disertar sobre variadísimos problemas de arte. Y tan profundas y sugestivas eran sus palabras—nos decía ha tiempo Figueiredo—que, en esos rápidos momentos de expansión de Rodin, aprendíase mucho más que en largas peregrinaciones por las salas del Louvre ó en continuadas lecturas de libros, aún los más lúcidos y mejores.

Viendo, leyendo y oyendo, estudiando y trabajando siempre, ora dentro de su país, ora en sus viajes por España, Francia, Italia, Alemania, Austria, Inglaterra, Bélgica y Holanda, cimentóse en sólidas bases la educación artística del actual director del Museo de Arte Antiguo de Lisboa.

Y, si con Rodin y su *entourage* aprovechó muchísimo, no concurrieron menos para la instrucción é ilustración de su espíritu la obra tan vasta como admirable de aquel gran crítico que fué Sonsa Viterbo, y los trabajos de Joaquín de Vasconcellos, otro maestro de la arqueología portuguesa.

En la obra valiosísima de José de Figueiredo, entre los trabajos que del autor conocemos—*Portugal na Exposição de Paris*, *O legado Valmôre a Reforma dos Serviços de Bellas Artes*, *Algumas palavras sobre a Evolução da Arte em Portugal*, y varios artículos dispersos—hay uno que á todos sobrepuja, y que, hasta hoy, constituye su mayor timbre de gloria: es el libro magistral acerca O Pintor Nuno Gonçalves. Mucho se ha dicho y se ha escrito, sobre el mismo, en Portugal, y también mucho y muy bien apreciado ha sido en el extranjero. Alabáronlo altamente Reinach en una sesión del Instituto de Francia; en artículos sueltos, Bertaux, Lafond; el *Berlirgton Magazine*, de Londres; *La Revue de l'Art ancien et moderne*, *La Gazette des Beaux-Arts*, *La Revue archéologique*; y, en comunicaciones honrosísimas, Dieuleíoy, los alemanes Justi, Bode, Friedlander; los directores de los museos de Bruselas, Barcelona, Viena, Anvers, Bonn, del Petit Palais, etc. El gran historiador gallego Manuel Murguia y el ilustre arqueólogo de Galicia Eladio Arce opinaban como José de Figueiredo sobre la *irmandad* del arte gallego y portugués del período gótico. «Esos eminentes escritores—decía el autor del libro sobre Nuno Gonçalves—diéronme el mayor placer espiritual que yo podía desear. Si en ese trabajo mío, en el que cada día descubro más deficiencias, alguna cosa quiero yo especialmente, es ese capítulo destinado á arraigar el origen de nuestra pintura en el desarrollo artístico que, aquende y allende Miño, se manifestó después del levantamiento del santuario compostelano.»

INDICE

Texto

Portadilla . . . . . Pag. 3
Portada . . . . . » 5
Ex-libris . . . . . » 7
Obras de Ribera y Rovira . . . . . » 8
Dedicatoria . . . . . » 9
Prefacio . . . . . » 11

I. La unidad nacional atlántica peninsular.— Sus fundamentos étnicos . . . . . » 15
II. La base histórica . . . . . » 21
III. El elemento céltico de la unidad luso-galaica evidenciado en la literatura y el caracter . . . . . » 25
IV. La personalidad de Galicia . . . . . » 29
V. Identidad artística . . . . . » 35

Ilustraciones

Ex-libris del autor, por Antonio Carneiro.
Panel del Infante, por Nuno Gonçalves (antes de restaurar).
Panel del Arzobispo, por Nuno Gonçalves (antes de restaurar).
Panel del Infante, por Nuno Gonçalves (restaurado).
Panel del Arzobispo, por Nuno Gonçalves (restaurado).

Ramón Tobella acabó de imprimir
este libro el día 25 de Julio de
1911, conmemoración de
Santiago Apóstol,
Patrón de
Galicia

3 pesetas

RUTGERS UNIVERSITY LIBRARY

DATE DUE

NOV 2 7 1993			

Demco, Inc. 38-293

ALEX RIBERA Y ROVIRA,
IGNACIO DE LOYOLA,
1880-
DP PORTUGAL Y GALICIA
532 NACION
.R5